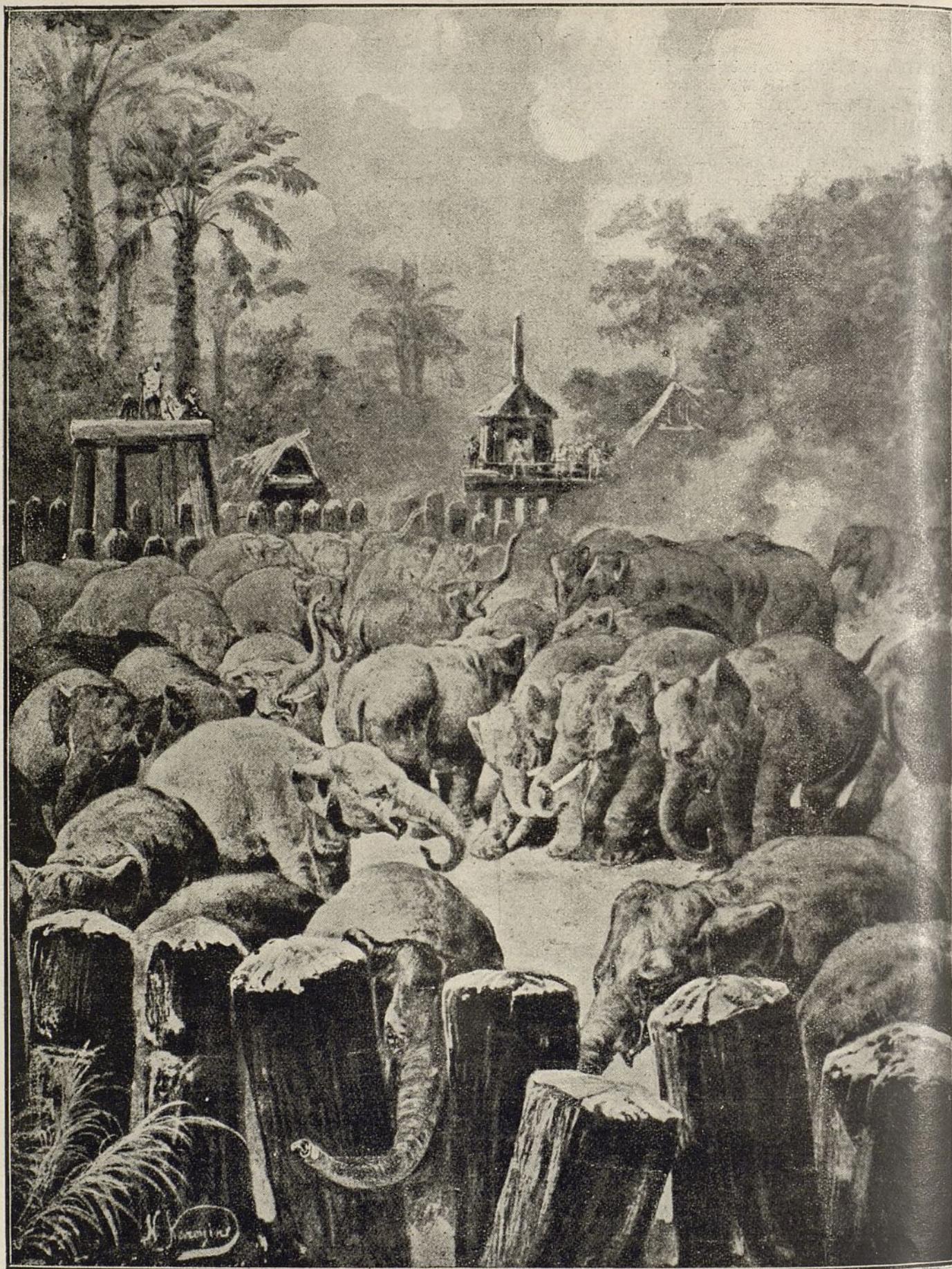


SUMARIO.

TEXTO:—Cómo y cuánto trabajan los Hijos de Santo Domingo de Guzmán.—Cuánto sufren los Misioneros en China; las consecuencias de la guerra.—Misionero español robado por soldados chinos.—Roma: Fiesta anual de la Obra de la Santa Infancia.—NOTICIAS VARIAS: Barcelona; España.—NOTICIAS DEL AFRICA ESPAÑOLA.—CRÓNICA MENSUAL DE LAS MISIONES DEL GOLFO DE GUINEA.—Misiones Franciscanas de California.—HUNAN SEPTENTRIONAL: Recogiendo florecillas por los campos del Paganismo.—Recuerdos de Coimbatour: Una conversión maravillosa.—BIBLIOGRAFÍA.—*Limosnas para coadyuvar á la Santa Obra de la Propagación de la Fe.*—LOS MAYOS, novela de costumbres populares

ILUSTRACION: INDIA: La caza del elefante.—CHINA. FOOCHOW: Colegio de Santo Domingo dirigido por Padres Dominicos. Batallón y banda de música; — Santa Infancia de Foochow. Llegada de una carga de niñas á la puerta del establecimiento.—R. P. Caralt, misionero apostólico de Hong-Kong (China).—R. P. Antonio Guasch, de la Compañía de Jesús.—AFRICA PINTORESCA (GUINEA ESPAÑOLA): Reducción denominada «Claret» en la costa continental de Guinea; — Reducción de Otoche.—LÍBANO: Una capilla.—JAPÓN. NAGASAKI: Iglesia de los veintiséis mártires





INDIA. — LA CAZA DEL ELEFANTE

El método más corriente para cazar elefantes consiste en construir en la selva, con estacas muy fuertes, una empalizada que rodea un espacio de unos 150 metros de largo por unos 75 metros de ancho: hecho esto, se bate el bosque en una extensión de algunos kilómetros, ahuyentando los rebaños de elefantes por medio de disparos, gritos, tambores, etc., hasta conseguir que, presos del terror, penetren en el cercado, en el cual se deja ya para ello una abertura; se cierra después esta abertura y se extenua á los elefantes por medio del hambre y la sed, hasta que los cazadores, montados en elefantes mansos, pueden penetrar en dicho cercado y atarlos á los árboles.



ellos,
tos co
almas
hijos

Un
rita, c
sonas
nocido
por su
necer,
hacem
pre he
porqu
malos
evang

Poc
bía qu
infele
de Jun
de Vd
pón, n
maba
ta V.
testó,
dores,
pero d
tuvies
minica
entien
Orden
mo las
vincia
entera
gón co
leares.
prende
esas P
conoce
rio, cu



Cómo y cuánto trabajan los Hijos : de Santo Domingo de Guzmán :



ERCA de dos años que estoy en Barcelona y he observado con sentimiento que la mayoría de las personas aún piadosas y devotas, no saben nada de las extensas y florecientes Misiones entre infieles que tienen los Dominicos, y de que administran en ellas numerosísimas cristiandades formadas por

ellos, y que Dios premia sus tareas apostólicas con frutos copiosísimos, recibiendo en el cielo muchos miles de almas que nacieron á la gracia por el ministerio de los hijos de Santo Domingo.

Un día tuve la molestia de oír de labios de una señorita, que es muy buena y se precia de tratar con personas piadosas, que los Dominicos éramos poco conocidos porque *no hacíamos nada*. Le di las gracias por su celo por la Orden á que tengo la dicha de pertenecer, y le dije que tenía razón, que los Dominicos no hacemos nada con el fin de que se nos conozca, siempre hemos sido descuidados en eso; y es una lástima, porque si la gente nos conociera, seguro que buenos y malos se admirarían de nuestras grandes obras de evangelización y altruismo verdadero.

Pocos días ha me dijo una persona:—Padre, no sabía que Vds. tuvieran Obispos ni Misiones en tierra de infieles. Leí en LAS MISIONES CATÓLICAS, en el número de Junio, que han hecho Obispo de China á un Padre de Vds., y el mismo número traía una crónica del Japón, muy bien escrita é ilustrada con grabados, y la firmaba un Padre Dominicó.—¿Cuántos años hace que trata V. á los Dominicos? le pregunté.—Muchos, me contestó, y aquí en Barcelona he conocido grandes predicadores, algunos han muerto ya y otros no residen aquí; pero de Misiones para convertir infieles no sabía que tuviesen Vds.—¿No sabe V. nada de la Provincia dominicana del Santísimo Rosario?—No, Padre. Yo no entiendo de Provincias dominicanas.—Pues mire; la Orden de Predicadores ó de Padres Dominicos, como las demás Ordenes, está dividida en muchas Provincias, que comprenden grandes regiones ó naciones enteras. Por ejemplo, en España, la Provincia de Aragón comprende Aragón, Cataluña, Valencia é Islas Baleares. Las Provincias de Chile y de Colombia comprenden cada una, una República. Pues bien; entre esas Provincias hay una, que V. me ha dicho que no conoce, que se llama la Provincia del Santísimo Rosario, cuya historia bastaría para hacer gloriosa á la Or-

den dominicana, si no lo fuera por otros muchos títulos y blasones. Esta Provincia cuenta con centenares de mártires beatificados por los últimos Papas, y con largos catálogos de Venerables, centenares de Obispos y algunos Arzobispos y Cardenales de gratísima memoria, una pléyade numerosa de escritores y sabios eminentes y una infinidad de celosos misioneros que fundaron, conservan y perfeccionan las Misiones del Tungkin de China, el Japón y Formosa.

—¿Tantas Misiones tienen? ¿Cómo pueden acudir á tanto?

—Mire V., es verdaderamente admirable lo que hace la Provincia del Santísimo Rosario. Es una gloria de la Iglesia y lo es también de la Orden y de España lo que hacen los Dominicos, sobre todo en las Misiones. En Manila tenemos la Universidad con diecisiete Padres Doctores, los cuales algunos enseñan varias asignaturas; y el gran Colegio Instituto de San Juan de Letrán. En Dagupan tenemos otro Colegio con trece Padres catedráticos. En Tuguegarao, un Colegio excelente, también con trece Padres y un Hermano. Administramos las Islas Batanes. En los Estados Unidos tenemos un magnífico Colegio y seis extensas Misiones. Pero lo que da más gloria á la Provincia y hace resaltar más su celo apostólico, son las Misiones que antes he mencionado.

En las del Tungkin tenemos tres Vicariatos apostólicos con tres Obispos dominicos y ciento noventa y dos sacerdotes entre españoles y del país. Estos Obispos y sacerdotes tienen que administrar cerca de cuatrocientos mil cristianos diseminados por aquel reino infiel, y tienen que continuar evangelizando, y tienen que regir Colegios y cuidar de orfanotrofios y leproserías y otros establecimientos de caridad.

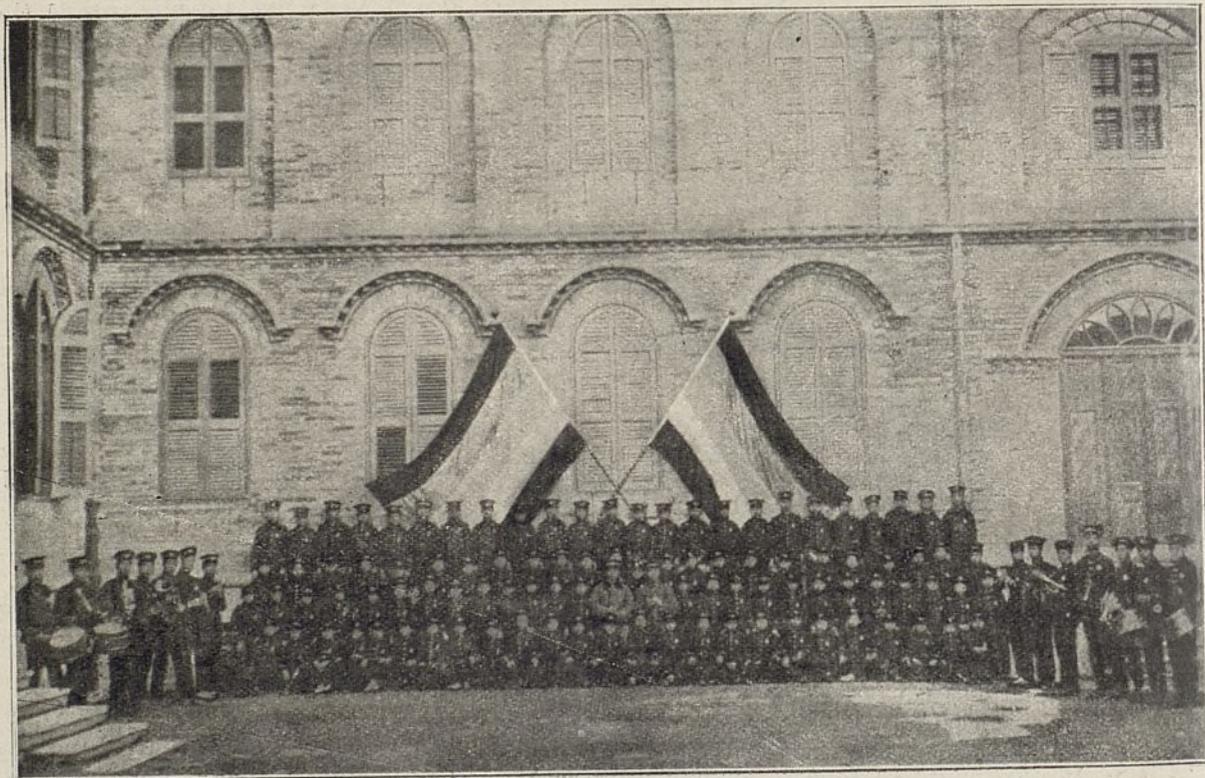
En China tenemos encomendada por la Santa Sede la evangelización de la Provincia de Fokien con sus veintidós millones de habitantes. Está dividida en dos grandes Vicariatos apostólicos y tenemos allí Misiones excelentes y santísimas como la de Fogan, que ha dado muchos mártires y venerables y actualmente es numerosa de fervorosos cristianos. Tenemos muchas escuelas y algunos Colegios como el de Foochow. Pero lo que más entusiasmo en estas Misiones á los Obispos y á muchos Padres son las Santas Infancias. En el Vicariato del Norte, que es donde yo estaba, tenemos cuatro grandes Santas Infancias y muchas que podemos llamar sucursales de éstas. La de Foochow es la principal, la conozco mucho y hay allí muchachas ya gran-

des recogidas y bautizadas por mí. Es admirable. Aquello es verdaderamente una agencia de la cual salen continuamente almas para el cielo. Hay días que se reciben las niñas *á cargas*, como suelen cargar los chinos, con una pinga de bambú al hombro y un cesto colgando delante y otro detrás. Hasta ocho nos llevan de una vez. A las mujeres que las recogen se les da una peseta por cada una. Si no hay necesidad de bautizarlas en seguida por estar en peligro próximo de muerte, se juntan todas las recogidas en un día y á hora determinada se las bautiza. Se hace lo que se puede para darlas á nodrizas que las críen, y las que no se puede se las mantiene con biberón. No obstante, el cuidado esmeradísimo de las monjas y de las hijas de la Santa Infancia de mayor edad, mueren la mayor parte. Las pobrecitas, cuando las traen, muchas han pasado

—¡Padre, qué hermoso es eso de las Santas Infancias!

—Sí, lo es. Yo tenía una recién fundada, en la que se habían recogido unas dos mil niñas, y cuando salí de China, dos años ha, dejé 357 niñas rollizas y fuertes. Aquello era una bendición, muchas ya rezaban el Rosario á coro, algunas ya confesaban y comulgaban, y eran bonísimas, y estaban muy agradecidas á la Religión por haberlas librado de la muerte segura y haberlas elevado á la dignidad incomparable de cristianas. Cuando son mayores comprenden perfectamente el don que encierran para ellas aquellas palabras del Espíritu Santo: «Mi padre y mi madre me desampararon, mas Dios me ha recibido y adoptado por hija para hacerme eternamente feliz.»

Es un consuelo muy grande para el misionero el ver



CHINA.—FOOCHOW: COLEGIO DE SANTO DOMINGO DIRIGIDO POR PADRES DOMINICOS. BATALLÓN Y BANDA DE MÚSICA (CURSO DE 1914-1915).—Reproducción directa de fotografía. (Véase el texto)

varios días sin mamar. De las que quedan, se casan todas las que quieren, y las que no quieren casarse se quedan en la Santa Infancia ó para ayudar á las monjas ó para enseñar la doctrina de la Religión donde manden los Superiores. Así se cumple admirablemente el fin de la Santa Infancia, que es: enviar angelitos al cielo; criar madres de familia con educación sólidamente cristiana y proveer á la Misión de maestras buenas é instruídas y de sirvientas propias que miran por el bien de la Casa como hijas y que en realidad son consideradas como tales. Cada año se recogen en Foochow unas tres mil. El año 1914 en todo el Vicariato se recogieron 5411 (1).

(1) Era el año del tigre, y con las muchachas que nacen ese año nadie se quiere casar; porque dicen que nacidas bajo la influencia de tan fiero animal son indomables, y los gentiles, para evitar gastos y estorbos, las abandonan para que se mueran.

que por su ministerio suben continuamente almas al cielo. Y esto en un distrito de miles de cristianos, en general fervorosos, y con una Santa Infancia, como tenía el que estas líneas escribe, y como tienen muchos Padres Dominicos, sucede con seguridad. Hay que padecer mucho y sufrir molestias y necesidades, ya por falta de recursos, ya por el personal y escasez de medios, pero también se goza mucho en las Misiones. Dios proporciona grandes consuelos á los que le aman.

A los misioneros les sucede muchas veces admirarse y extrañarse de sus obras y sufrimientos después de realizarlos y pasarlos. Cuando están en alguna empresa ardua y difícil, les parece que aquello es lo más natural y ordinario. Las circunstancias y la gracia de Dios se lo hacen parecer así, pero después ven claramente que lo realizado fué heroico ó poco menos. En la persecución de los boxers estábamos en peligro inmi-

nente de perder las vidas y las cristiandades; pasamos malos ratos sí, pero miedo y decaimiento de ánimo, no tuvimos, ni se nos ocurrió. El Cónsul francés nos mandó que nos retirásemos del interior á algún puerto europeo, para podernos proteger, y todos los Dominicos contestamos que preferíamos morir con nuestros cristianos, antes que abandonar la Misión en peligro tan grave.

En la sublevación de los patriotas chinos contra la dinastía é implantación de la República, también me encontraba en mi Misión de Funing, tuve que sufrir muchas molestias como es natural en tierra de infieles

y teniendo que cuidar de tanta gente, cristianos nuevos, catequistas y niñas de la Santa Infancia, pero no había más remedio, en tales circunstancias se necesita fortaleza y valor y Dios los da.

En resumidas cuentas, que los Dominicos tenemos entre infieles, extensas y florecientes Misiones, y eso no se ha podido hacer sin grandes trabajos y sacrificios; y sin ellos, es imposible conservar y aumentar Misiones tan gloriosas, y por lo mismo los Dominicos actualmente trabajan mucho por la gloria de Dios y bien de las almas.

FR. JOSÉ R. CATALÁ, O. P.

Cuánto sufren los Misioneros en China

las consecuencias de la guerra europea



Yenanfu-Shensi septentrional, Junio de 1916.



NOCHE recibí el número de Marzo de la simpatiquísima Revista LAS MISIONES CATÓLICAS. Ni sé á qué provincia de nuestra querida España pertenece el pueblo de Calaceite, ni quién es el bondadoso señor que con las iniciales J. M. E. envía para mi Misión una

limosna de diez pesetas. No importa que yo lo ignore, si Dios que ve hasta lo más recóndito del humano pensamiento lo sabe. En la hora de la muerte... en la presencia del Divino Juez, se complacerá él de haber hecho tan oportuna limosna.

Cuanto mayor es la necesidad á que uno se encuentra, tanto más agradece los favores que recibe. Por eso es que ya revestido para celebrar hoy el santo sacrificio de la Misa, he dirigido breves palabras á las vírgenes y niñas recogidas en este orfanotrofio de mi dirección, para pedirles una oración por los bienhechores, y que ofrezcan especialmente la Comunión de hoy por las necesidades espirituales y temporales de J. M. E., de Calaceite.

Ya no hable en su Revista de las penalidades é incomodidades físicas que sufre el misionero católico, en su ardua empresa de hacer guerra á muerte á la idolatría y superstición, para sobre sus ruinas fundar pueblos católicos que rindan tributo de adoración á nuestro Dios y su amantísima Madre. No, ya no se trata de esto. Hable sí de los sufrimientos, de las angustias, de los sinsabores morales del obrero apostólico. Podría remitirle una colección de cartas escritas con lágrimas de sangre que (en virtud de mi cargo de procurador del Vicariato) voy recibiendo de mis dignos compañeros de apostolado. El P. Francisco Inchaurre ha sufrido varios ataques al corazón, debido sin duda á noches de insomnio, á causa de tener que rechazar muchas niñas paganas que se le ofrecían para la Santa Infancia, las cuales en vista de

que no eran recibidas por el P. misionero, perdían la vida del alma y del cuerpo: sus mismos padres les dan muerte.

Y por si lo dicho era poco, el Rdo. P. Pedro Marcos ha estado á las puertas de la muerte, efecto de enfermedad moral más bien que física (son palabras del M. R. P. Comisario Provincial del Vicariato que le asistía y administró los Sacramentos) porque después de haber fundado tras increíbles trabajos varias nuevas cristiandades, se ve ahora en la precisión de abandonarlas, ya que la cantidad que recibe

en concepto de propagación de la fe, no llega con mucho á una honesta sustentación de su propia persona.

Es tan grave la necesidad, que los misioneros han tenido que vender sus caballos, esos caballos absolutamente indispensables en sus correrías apostólicas; lo cual significa que han de resignarse á sufrir un cruel martirio, el martirio de la inacción. En fin, ante Dios y los hombres puedo yo certificar que se me han ofrecido para el orfanotrofio de mi dirección en esta ciudad varias niñas paganas, y por no disponer de un puñado de sapecas he tenido que hacerme el sordo. ¡Y son almas que podrían salvarse y que irán al infierno! ¡y qué extraño que el corazón del misionero se debilite y enferme!

Y sin embargo, ¡qué bueno es Dios! Dios aprieta, sí, pero no ahoga. Verdaderamente, *miscens gaudia fletibus*. Dios Nuestro Señor sabe endulzar á maravilla nuestras amarguras. Quiero transcribirle aquí una carta que tengo escrita para enviársela hoy mismo á mi Obispo-Vicario apostólico. No se escandalicen al ver la familiaridad con que los misioneros tratamos al Superior revestido de tan alta dignidad. Cuando el Superior es lo que debe ser, se le trata con cariño, con santa confianza no exenta del respeto debido, con amor filial; en el caso contrario prevalece el vil temor, el miedo. Digo así: «Rdmo. y muy amado Padre: ¡Ha caído el protestantismo de Yenanfu! ¡Ha caído humillado y avergonzado! ¡Ha caído hundido cien codos bajo tierral! ¡Sí, ha caído una vez más, como no podía menos, ven-

cido por la clara luz de la Verdad, que es hija del cielo, como la mentira, el error, la herejía es aborto maldito de la bestia infernal! ¿No le decía yo en una de nuestras entrevistas celebradas en la nueva Begoña, que la reciente conversión de la familia *Siao*, ex-protestante, me parecía presagio de nuevos triunfos para la Religión? ¡Dios misericordioso no ha permitido me equivocara!

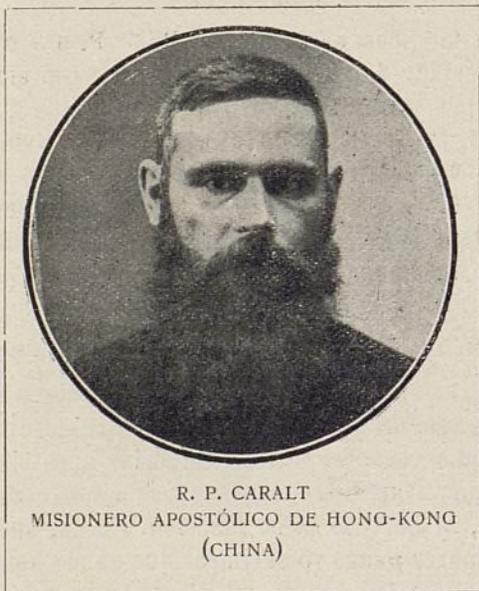
En efecto, tengo el dulce consuelo de significarle que en días sucesivos he recibido la visita de varias familias adictas á la secta luterana, las cuales movidas por el ejemplo y suaves exhortaciones de la familia *Siao*, me han pedido ser admitidas en el seno de la Iglesia católica. Estas familias se llaman *Sse*, de ocho individuos; *P'ang*, de cinco idem.; *Tchu*, uno idem., y *Soung*, de tres idem. El digno catequista Triang está encargado de conducirles por el verdadero camino de la salvación eterna.—El pobre pastor protestante se queda ya con solas dos familias, y el jefe de una de ellas, el maestro *Trung*, á quien Su Ilma. conoce, ha lanzado en presencia de uno de nuestros familiares, la siguiente significativa expresión: *Ngo-men-ti kiao-se-iyin-kiao*, —*Nimen-ti kiao se him-juen kiao*.—Nuestra religión es la religión del dinero. Vuestra Religión es la Religión del alma. Y según me dicen los neo-conversos del

protestantismo, ese mismo maestro fuera el primero en venirse á nosotros si con el pastor protestante no tuviera asegurada una vida cómoda y regalada. ¡Cuestión de estómago!... Respetuosamente besa su postrer anillo, etc...”

Hace diez años que el protestantismo se estableció en esta ciudad, y hasta el presente, con derroche de libras esterlinas y construyendo una iglesia que es el edificio más soberbio de la localidad, ha logrado reunir en derredor suyo á media docena de familias. Hace tres años que la Iglesia católica puso pie en *Yeuanfu*. Carecemos de iglesia y no disponemos de habitaciones suficientes para hospedar á la tercera parte de una docena de misioneros. Pero esa media docena de familias protestantes, que en un principio creyeron hallarse en el camino verdadero de la salvación eterna, ha venido observando la vida de celibato y demás costumbres de los sacerdotes católicos y de sus fieles, y por fin, ha terminado por renunciar á su secta abrazando la única, santa y verdadera Religión.—¡Bendito y alabado sea Dios!

A las oraciones y caridad de los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS me encomiendo.

FR. JOSÉ M.^a DE IRUARRIZAGA, O. F. M.
Misionero Apostólico en *Shensi*.



R. P. CARALT
MISIONERO APOSTÓLICO DE HONG-KONG
(CHINA)

De Hong-Kong (China), y con fecha 20 Junio 1916, escribe nuestro compatriota el R. P. Caralt la siguiente carta que recomendamos muy encarecidamente á nuestros lectores, esperando ayudarán con sus limosnas á salir de su apurada situación al celoso misionero:

TENGO intención de escribir algo de lo que pasa por aquí, mas espero tiempos mejores, porque ahora aún estamos en medio de la escena, ó quizá sólo en los principios.

Siempre tratando con ladrones y soldados chinos, que lo son también. Me quemaron un pueblo cristiano, robándome quinientos dolares mejicanos. Esto los mismos soldados, después que el Capitán general de provincia me dió por escrito una orden en que mandaba fueran respetados todos los cristianos y personas que estuvieran bajo mi protección. Aquí manda ahora quien dispone de más fusiles; ni tampoco temen al eu-

Misionero español robado por soldados chinos

NECESITA LIMOSNAS

ropeo, porque dicen que también nosotros tenemos mucho que arreglar ahí en Europa.

Con esto cerca de cuatrocientos cristianos sin casa y sin provisiones para este año. La iglesia quemada, mi casa saqueada, mi dinero robado. ¿Qué hacer? Unos ciento setenta paganos me pidieron el bautismo en un solo día. ¿Es posible que por la malicia de los hombres sean infructíferas estas bendiciones del cielo?... Cuatro cristianos hace pocos días dieron la vida por Cristo. Uno de ellos pudo recibir los últimos Sacramentos. Lo hallé cosido á puñaladas todo el cuerpo. Después de haber confesado tan gallardamente la fe de Cristo, le administré el sacramento de la Confirmación. Ciertamente, poco fuerte debía ser la bofetada para quien daba hasta las últimas gotas de su sangre en defensa de nuestra santa fe. Poco después fué confirmado allá en el cielo, recibiendo la corona de los mártires.

No he pedido aún limosnas para mi Misión, mas ahora me veo obligado á hacerlo, porque me han robado hasta aquel poco de que todo misionero dispone. Corazones arriba—*sursum corda*—todos somos hijos de un mismo Padre y redimidos por la sangre de Jesucristo. Piedad para esta Misión, piedad para estos cristianos, piedad para un misionero que trabaja para aumentar los hijos de la Iglesia en medio de toda clase de peligros...

Roma:—Fiesta anual de la Obra de la Santa Infancia

PARA responder á las repetidas insinuaciones del Soberano Pontífice, que desea como el que más el desarrollo de la Obra de la Santa Infancia, los promotores de esta Asociación en la Ciudad Eterna organizaron el 18 de Junio último una magnífica demostración de fe y caridad, á la cual sus jóvenes conciudadanos cooperaron con ardiente entusiasmo.

En incalculable número se dirigieron aquel domingo por la mañana, alegres y con paso ligero, hacia la iglesia de San Andrea della Valle. Colegios enteros de variados uniformes, romanos y romanas con claros y vistosos trajes, las jóvenes del «Laboratorio Fides,» huérfanos y huérfanas acogieron con entusiasmo el pensamiento de ingresar en la Santa Infancia.

Se veía, pues, una compacta muchedumbre de jóvenes arrodillados al pie del santo Bambino, Rey de los niños.

¿Y cuál era el objeto de la piadosa visita que iban á hacerle? Venían á pedir por sus hermanos y hermanas, desgraciadamente perdidos en el seno del paganismo; por los millares de desgraciados seres que, padres indignos de darles tal nombre, arrojan en los caminos, y allí se mueren si un misionero, ó alguna alma cristiana, no los recoge. En China los arrojan al río ó á los mullares; en Mongolia, las madres los ahogan en un barrero de agua; en Mandchuria sirven sus cadáveres para pasto de los puercos, etc.; ó si se les perdona la vida, es para que sirvan de bestias de carga y ser vendidos como esclavos.

Para salvar y rescatar á estos niños se reunieron otros más afortunados de la Ciudad Eterna, estimulados por la piedad cristiana. Y después de acompañar en procesión al pequeño Rey, llevado triunfalmente, asistieron á la santa Misa, y tuvieron la dicha de oír la palabra de Mons. Capotosti, Obispo titular de Terme y Secretario de la Congregación de los Sacramentos. ¡Qué emoción reinaba en los millares de corazones atentos á su voz! Hasta los mayores hacían esfuerzos para no llorar, oyendo el relato de los sufrimientos de estos pobres seres que á su entrada en el mundo no hallan la cariñosa acogida inspirada por el Cristianismo, que manda proteger, amar y respetar á la infancia.

Conmovidos y llenos de compasiva piedad por sus hermanitos desheredados, los asociados romanos de la Santa Infancia recibieron del Cardenal Vannutelli la bendición con el Santísimo Sacramento.

Pero esto no era más que la primera parte de la fiesta; la segunda debía tener lugar en el Vaticano. Al salir de San Andrea della Valle, los jóvenes asociados se dirigieron por grupos á visitar al Padre Santo, quien les concedió gustoso una solemne audiencia.

Pero, ¡qué audiencia! Jamás la hubo semejante. Eran unos cinco mil los que querían aproximarse al Vicario de Aquel que dijo: «Dejad que los niños se acerquen á Mí.»

Después de recorrer las calles de Roma fueron introducidos en las salas del Vaticano. Aquello parecía una verdadera invasión, y los Apóstoles, desde sus cuadros, sin duda debieron de sonreírse al ver que en Roma, como en otro tiempo en Judea, Jesús, por medio de su Vicario, tendía los brazos á la turba infantil.

En la Sala Regia, rodeado de su corte, tomó asiento en el trono Su Santidad Benedicto XV, en medio de los entusiastas aplausos de sus benjamines.

Después de escuchar al Cardenal Vannutelli, Protector de la Obra de la Santa Infancia, Su Santidad pronunció un largo discurso donde se revelaba todo su amor paternal hacia los pequeños apóstoles que socorren á sus hermanos paganos y hacen cuanto pueden por los pobrecitos corderillos á quienes desean ver entrar en el redil de la Iglesia.

Lo mejor que podemos hacer es insertar aquí, traducidas, las palabras del Supremo Pastor, publicadas por el *Osservatore Romano*.

«Si alguien hubiera podido leer en el fondo de nuestro corazón, no podría darse cuenta, tan bien como Vos, señor Cardenal, de nuestros afectos y sentimientos.

«Con razón puede decir que no tan sólo nos alegramos de los continuos progresos de la Asociación de la Santa Infancia, sino que, lo que más nos regocija es ver el gran número que se ha asociado con inmenso candor y gozo, gracias á Vos, dignísimo Protector de la Obra de la Santa Infancia.

«Es doble, en efecto, el contento que nos embarga en este momento. Nos entusiasma ante todo el poder comprobar que esta Alma-Ciudad en la que todo útil instituto halla siempre terreno bien preparado, circundada del favor que tanto se merece una obra oriunda de tierra extranjera...

«Siempre se debe mirar más á la excelencia que al origen de toda obra nueva; pero, ¿quién no es capaz de estimar una obra que tiene por objeto disipar las tinieblas de la ignorancia y del error con la amable ley de la fe, en los niños expuestos á ser víctimas de la barbarie más espantosa, ofreciéndoles frutos de cristiana civilización?

«No basta, empero, admirar su nobilísimo fin en la obra de la Santa Infancia; es preciso también considerar el modo de conseguir ese mismo fin tal cual está previsto. El que bien lo observe, debe reconocerlo como una nueva forma de apostolado, digámoslo así, que no deja de ser muy singular, puesto que en él se trata de tiernos pequeñuelos, y que por eso mismo determina el segundo título de la satisfacción que nos causa en este instante el ver la numerosa muchedumbre de niños y de jóvenes, en los que saludamos á los hijos de Roma, asociados á la Santa Infancia.

«Sí, estos queridos niños están destinados á hacer el bien, no solamente á ellos mismos, sino también, y quizás más, á los otros... Con una sencilla invocación adecuada á la corta inteligencia del que apenas sabe

pronunciar una oración, con una insignificante limosna del que no puede imaginarse otra menor, los asociados á la Santa Infancia pueden contribuir al temporal rescate y quizás á la salvación eterna de los parvulillos nacidos en lejanas tierras, de padres infieles. ¡Por algo son llamados «pequeños salvadores» los niños que se asocian en la Santa Infancia! Verdad es que son pequeños en edad, y que aún lo son más respecto al Salvador Divino, sin cuyos infinitos méritos no tendría ningún valor su apostolado; pero quien considere la grandeza de los efectos que pueden conseguir, no «pequeños salvadores,» sino «verdaderos apóstoles,» debía de llamar á los que arrancan anualmente millones de criaturas á la ferocidad de padres desnaturalizados, á aquellos que proporcionan la vida regeneradora del Bautismo á tantos y tantos niños que sin la Obra de la Santa Infancia no se hubiesen podido salvar. ¡Qué pena dan esos pobres niños á quienes la desgracia ha privado de la ma-

«¿Podemos no reconocer, además, el gran bien que los niños asociados se hacen á sí mismos? Tal omisión sería echar en olvido lo mucho que importa hacer estimar, aun á los niños pequeños, la suerte que han tenido al nacer en tierra cristiana y de padres cristianos; sería no tener en cuenta que también á los pequeñuelos se les debe hacer concebir el amor al prójimo, y que este amor debe existir en sus corazoncitos, por muchos sacrificios que pueda costarles.

«¡Oh! ¡qué queridos son los niños que rezan diariamente la linda oración: «Virgen María y San José, rogad por nos y por los pobres niños infieles!» ¡Qué bien demuestran que acogen en su corazón á todos aquellos por los cuales Jesús derramó su preciosísima Sangre! También los que se privan de algún juguete para poder contribuir á los gastos que trae consigo la evangelización de sus hermanitos de la China ó del Tonkín, demuestran que á ellos les ha dado el Señor el encargo



CHINA.—SANTA INFANCIA DE FOOCOW, DIRIGIDO POR PADRES DOMINICOS. LLEGADA DE UNA CARGA DE NIÑAS Á LA PUERTA DEL ESTABLECIMIENTO.—Reproducción directa de fotografía (Pág. 195)

terna sonrisa; pero cuánto mayor pena dan esos pobres seres nacidos entre infieles, que en vez de las caricias no conocen más que los malos tratos de la que llaman madre, y que carece de sentimiento y afecto! Si á estos infelices se acercara un misionero, interesándose por su bienestar físico y por su salvación eterna, ¡quién sabe si no haría las veces de la madre que les falta!... Mas para ello es menester que este misionero sea ayudado por la Santa Infancia, y así sus fatigas serán aliviadas por la gracia que le habrán obtenido las oraciones del niño asociado á la Obra de la Santa Infancia; y hasta es preciso que los medios materiales necesarios para hacer tan largo viaje, á fin de poder bautizar á los hijos de los infieles, sean procurados por el cúmulo de las limosnitas dadas por los niños de la Santa Infancia.

«Demos, pues, nuestro parabién á la Obra de la Santa Infancia, por el gran bien que ella y sus asociados pueden hacer á los demás.

de atender á su prójimo: *Unicuique Deus mandavit de proximo suo.* ¿Se puede, pues, negar que los niños asociados á la Santa Infancia se hacen bien á sí mismos?

«No nos queda más que desear que las madres no se olviden de hablar á menudo á sus hijos de los niños infieles, con esa oportunidad que sólo sabe hablar el corazón de una madre, y que tan bien sabe inducir á sus hijos en las obligaciones que trae consigo la fiel observancia de los que se dicen socios de la Santa Infancia.

«No podemos, empero, dejar pasar por alto un pensamiento que invade nuestro ánimo. En nuestros días sucede, á veces con demasiada frecuencia, que los padres confían la educación de sus hijos á colegios ó institutos privados. No condenamos aquí lo que en muchos casos puede justificarse, pero lo que quisiéramos es que al ingresar en dichos colegios ó institutos privados facilitárase á los niños de la época actual la inscripción, sin el menor impedimento, en la Obra de la Santa In-

fancia. Sea quien fuese el que presida la educación de los niños, no puede hacer nada mejor que ponerse en el lugar de la madre, pero de una madre solícita por el bien de sus hijos y que los estimula á que se asocien á la Obra de la Santa Infancia. Así es, pues, como los directores de los colegios deben procurar que todos sus alumnos se asocien á tan benemérita y benéfica Obra.

«Conocido de ese modo el bien que los asociados á la Santa Infancia pueden hacer para sí y para otros, se ve completamente justificado el gozo que embarga nuestro corazón al contemplar el numeroso escuadrón de niños romanos que pertenecen á la tan alabada Asociación. Séanos, no obstante, permitido el desear que estas filas no disminuyan jamás, y que Roma honre siempre á la Santa Infancia, no tan sólo por el número, sino también por la lealtad y el celo de sus asociados.

«Seguramente que contribuirán á realizar este nuestro anhelo los miembros del Consejo Central de la Obra, los cuales, guiados sabiamente por el excelentísimo Protector, continuarán favoreciendo el desarrollo de la Asociación. Para ello prestarán su concurso los celadores y celadoras de la Obra, á los cuales seguiré dando su hermoso nombre, que requiere «celo y constancia» en propagar la santa institución.

«¿Y por qué no añadiremos que á la realización de nuestro deseo, de ver cada vez más extendida en Roma la Santa Infancia, deben concurrir, además de los padres, los párrocos y todos aquellos que tienen empeño en que la juventud reciba una buena educación? De una madre que no sea solícita en inscribir á sus hijos en la Santa Infancia no puede menos de decirse que no da pruebas exteriores de su amor de madre; como tampoco se puede reconocer como suficiente celo por el bien

de las almas, el de aquel párroco que no hace conocer á sus feligreses uno de los medios más eficaces para encaminar y mantener sus hijos en el sendero recto.

«También de vosotros, oh niños inscritos ya en la Santa Infancia, esperamos vuestro concurso para ver realizado nuestro deseo; porque si observáis fielmente vuestras obligaciones, atestiguaréis el aprecio que tenéis á la santa Asociación, y vuestro ejemplo llegará á ser como una semilla destinada á germinar entre vuestros parientes y amigos.

«Pero más que de la obra de los padres y de los hijos, más que del celo de los sacerdotes y de los seglares, debemos esperar siempre el mayor desarrollo de la Asociación de la Santa Infancia, de la gracia de Aquel que da incremento y vigor á toda obra buena. Por eso imploramos la bendición de Dios sobre todos aquellos que pertenecen ya á la Santa Infancia, sobre sus familias, sobre aquellos que la protegen y dirigen, en fin, sobre todos los que se pueden formar una idea de la excelencia de la Obra, á fin de que en Roma eche hondas raíces y pueda regocijarse con sus más copiosos y suaves frutos.»

Después de tan hermoso discurso, que ciertamente no se olvidará pronto, los jóvenes asociados recibieron la Bendición Apostólica, para ellos y para sus familias, y finalmente el Padre Santo pasó por entre las largas filas de niños, como él entusiasmados, cuyos corazones vibraban de gratitud hacia el Papa y de caridad hacia sus desgraciados hermanitos paganos.

En esta inolvidable audiencia estuvieron presentes los Arzobispos de Tours y de Avignon, el Obispo de Puy, Mons. T'Serclaes, presidente de la Obra en Roma; Mons. Tiberghien, vicepresidente, y el Rdo. don Pietro Eccole, director.



Barcelona

Del Día de la Prensa Católica.—El M. I. Dr. D. Enrique Pla y Deniel, canónigo de nuestra Catedral Basílica y Director de la Junta diocesana de Acción católica, nos ha entregado, por disposición de nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, cincuenta pesetas, cantidad adjudicada á nuestra ilustración del total recaudado en la diócesis de Barcelona el día de la Prensa Católica. Dios se lo pague á los generosos donantes, y conste que LAS MISIONES CATÓLICAS luchando con el cada día más grave encarecimiento de papel y de grabados, están resueltas, con el auxilio de los buenos, en especial de las Ordenes religiosas y de las familias cristianas, á hacer cuanto puedan para continuar imprimiéndose en el mismo papel y adornándose del mismo número

*

de grabados que iniciaron un año antes del de la guerra. A todos los amigos de la Obra de la Propagación de la Fe y de su órgano oficial en España y América latina, piden primero oraciones y limosnas para las hoy más que nunca apremiantes y gravísimas necesidades de los misioneros católicos, y después oraciones y alguna pequeña ayuda material para el sostenimiento y esplendor de nuestra ilustración.

España

Mensaje á S. M. C. Alfonso XIII.—Veintisiete pueblos confederados en honor del Sagrado Corazón de Jesús acaban de dirigir el siguiente Mensaje á S. M. C. Alfonso XIII.

«SEÑOR:

«Con el alma transida de pena por los grandes males que

afligen á nuestra nobilísima é hidalga España, cuna de vuestra M. C. y de estos vuestros más leales y amantes súbditos, tenemos el honor de llegar á los pies del trono para suplicar á nuestro Rey el pronto remedio.

«Esta guerra de exterminio, que acabará con toda Europa, si Dios no lo remedia, ya deja sentir sus efectos en nuestra nación. Señor: á grandes males grandes remedios. España es eminentemente católica, bien lo demostró en el Congreso Católico, en aquella grandiosa manifestación de fe que jamás se borrará de vuestro real ánimo ni del nuestro.

«Estamos convencidísimos de que si hay alguien que desgraciadamente se precie de no ser católico, ese tal podrá haber nacido en España, pero jamás será español. La tierra bendita de la Santísima Virgen del Pilar, del Apóstol Santiago, de los Reyes Católicos y San Fernando, del valenciano San Vicente Ferrer, apóstol de España y aun de Europa, se alzaría contra ellos, porque está regada con sangre de innumerables mártires, que expelieron á los no católicos de España.

«Por esto y por haber prometido el Sagrado Corazón, en favor de Francia y de cualquier otra nación, á la Beata Margarita, que libraría de todos los males, si alzaba una basilica nacional en su honor y ponía esta benditísima Imagen en la Bandera Nacional; estando ya adelantado el templo nacional del Tibidabo en Barcelona, y apremiando las calamidades, llenos de fe y confianza en el Sagrado Corazón y en el ánimo C. de V. M., venimos á exponer, con el mayor respeto, nuestros vehementísimos deseos de que se embellezca nuestra bandera con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y El sea nuestra salvación. ¡Qué bien estaría el emblema del Corazón echando llamas de amor, con una cruzecita sobre El, rodeado de la corona de espinas, como se apareció, colocado debajo de la corona real del escudo, lugar que en heráldica dice «Patronato»! Ya varios señores Obispos y el excelentísimo señor Primado la ostentan en sus escudos.

«A Luis XIV de Francia llamó el Sagrado Corazón ante la Beata Margarita, su Primogénito, y prometió que sería el rey más grande del mundo, porque le había escogido para que fuera el primer monarca que pusiera al Sagrado Corazón en la Bandera Nacional, y á Francia la dijo Primogénita de su Corazón, si le edificaba un templo nacional donde el Rey y el pueblo se le consagrasen. No lo hicieron así ni él ni sus sucesores. De todos es conocido el derrotero que ha llevado Francia hasta el día de hoy. ¡Quién sabe si todavía alcance el perdón, pues tiene ya hecho el templo Nacional de Montmartre, y el pueblo católico desea poner el Sagrado Corazón en la Bandera Nacional!

«Esa primogenitura han intentado ya lograr otras naciones. El inmortal mártir del Ecuador, García Moreno, que en frase de Menéndez Pelayo, basta él sólo para que el Ecuador ocupe un lugar honorífico en la Historia, se immortalizó porque fué el primero que consagró su nación al Sagrado Corazón. Pero no tuvo la dicha de ver acabado el templo nacional que en su tiempo se comenzó, ni llegó á poner la bendita Imagen en la Bandera. Colombia ha tenido la dicha de consagrarse, hace poco, al Sagrado Corazón de Jesús con su actual Presidente y Gobierno, y ha

empezado también la basilica nacional, pero no se sabe que se le haya ocurrido aún poner al Sagrado Corazón en la bandera nacional. Están en nuestro estado. En Austria también el Rey y los municipios se han consagrado al divino Corazón. El Señor les dé que tras la guerra alcen su templo nacional y adornen su bandera con el Sagrado Corazón de Jesús.

«Ojalá V. M. C. tenga la dicha de ser el primer gobernante del mundo que gane la primogenitura, haciendo que ostentemos los españoles tan bizarramente el amor que tenemos á Cristo Rey de los reyes, á quien al fin, uno tras otro, han de venir todos los Monarcas y Presidentes á reconocer de la manera dicha, pues el Sagrado Corazón ha de recibir ese honor, como dijo á la Beata Margarita, por expresa voluntad del Padre Eterno, en recompensa de las injurias que recibió en los palacios de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos.

«Señor: haced que salga en la *Gaceta*, Viernes de Junio, un Real decreto en que se mande poner la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en la Bandera Nacional, y se ostente ya ese día en toda la Nación, ó si no alcanzare el tiempo, sea para la fiesta del Sagrado Corazón, que será el 30 de Junio.

«Esperamos confiadamente que atenderéis nuestro respetuoso y ardiente ruego. Sois hijo de una reina dechado de todas las virtudes, y que ha sabido transmitir las á sus augustos hijos fielmente. A vuestras augustas hermanas ¿quién podrá olvidarlas, Señor? Sobre todo á la angelical Infanta D.^a María Teresa, modelo de modestia y de candor. Entre vuestros ascendientes tenéis á un D. Felipe V, favorecedor entusiasta de esta devoción al Sagrado Corazón de Jesús, entonces naciente. Y por si algo faltara para inclinar y conmover vuestro magnánimo y nobilísimo corazón, tenéis á vuestro lado, compartiendo vuestro trono, una virtuosísima esposa, nuestra amadísima Reina, y unos angelicales niños, cuya vida Dios conserve para bien de la Patria. A todos suplicamos intercedan con V. M. C. para que se digne escucharnos.

«A la consagración que la familia real hizo al Sagrado Corazón de Jesús se debe el haber salido libre V. M. C. de los terribles atentados y España de la actual guerra, hasta ahora. ¿No es de justicia pagarle amor con amor?

«Estos son los anhelos de toda España que, unida en apretado lazo, eleva sus llorosos ojos hacia su Rey, y por medio de unos pueblos federados y dedicados especialmente al Sagrado Corazón de Jesús, os dice: Señor: si amáis á vuestra España, salvadnos bajo la bandera del Sagrado Corazón de Jesús. Nuestra salvación está en vuestras manos.

«Dios guarde vuestra vida largos años, Señor.

«De vuestra M. C. leales súbditos.

«A. L. R. P. D. V. M.»

Siguen las firmas mandadas en un elegantísimo cuaderno en forma de álbum, y estampadas en fino papel timbrado con la imagen del Sagrado Corazón, con diferentes modelos, y llevando entre todos los plieguecitos las doce Promesas del Sagrado Corazón de Jesús. Todo esto encerrado en riquísimo estuche en forma de cartera, lleva la dedicatoria que al principio pusimos.

NOTICIAS DEL AFRICA ESPAÑOLA

Más de mil obreros trabajan con entusiasmo en la construcción de la vía férrea que unirá bien pronto las importantes ciudades de Ceuta y Tetuán. Hállanse ya terminados los proyectos de edificios destinados á estación en Tetuán, Ceuta, Rincón, Negro, Castillejos y varios otros apeaderos, que serán de estilo árabe con adornos sencillos, pero tan artísticos como elegantes.

—Hace ya semanas que, pasando por el Fondak, se ha tendido y funciona perfectamente una línea telefónica entre Tetuán y Larache, cuyas ventajas para la vida militar se comprenden sin dificultad.

—Gratísima impresión nos causó á todos los españoles la ocupación del Cabo Juby, en la costa occidental africana, por el valiente y arriesgado Gobernador político-militar de Río de Oro.

Ahora lo que hay que hacer es explotar la posición en bien de la Patria, que no cabe duda puede y debe sacar mucho provecho de la hermosa pesca que al Cabo ofrecen las próximas aguas del Atlántico.

—Digna es de todo elogio la «Compañía Española de Colonización,» que no cesa de acceder á las peticiones de colonos españoles que quieren establecerse en el Garet, á algunos de los cuales, faltos de recursos para conseguir su objeto, les ha facilitado ya ganado de labor y útiles necesarios para el cultivo de los campos.

La misma actividad despliega dicha Compañía respecto á la concesión de buen número de hectáreas de labor, cuya propiedad solicitan varios colonos capitalistas, para el establecimiento de granjas agrícolas. Entendemos que este es el gran medio de colonizar el Riff. España debe gratitud eterna á la Compañía de referencia, ya que sólo así podrá ser Marruecos para nosotros en el siglo XX, lo que para nuestros abuelos fué América en el XV y siguientes, hasta la emancipación de aquellas Repúblicas. Ahora se verá si el terreno del Riff es pobre, como dicen algunos, ó productivo, con tal que se le trabaje, como aseguran otros con más verdad, sin duda, que los primeros.

CRONICA MENSUAL

DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Las salpicaduras de la guerra en la Colonia

DESDE que estalló la nefasta guerra mundial que padecemos, llegaron aquí, con encontrarnos tan lejos del teatro principal de la misma, las ya famosas salpicaduras, y no como quiera, sino sangrientas.

Sin embargo, era de presumir que, atendido el curso de las cosas, no serían simples salpicaduras, sino algo más lo que se nos vendría con el tiempo.

Y así ha sucedido realmente, como lo estamos palpando por desgracia.

Llegado el desenlace á que llegó la sangrienta lucha entre aliados y alemanes en la vecina Colonia del Kamerun fronteriza á nuestro territorio continental, é internados los alemanes en nuestra Colonia, España se atuvo estricta y caballerosamente á los pactos y convenios internacionales. De aquí el aglomeramiento de europeos é indígenas germanos en nuestro territorio de Bata; de aquí los multiplicados viajes de nuestros barcos para el traslado de tantos millares de personas á la Isla de Fernando Póo, á fin de descongestionar aquel territorio, en donde el hambre empezaba á hacer víctimas y la peste enseñaba sus aceradas uñas; de

aquí, finalmente, la exorbitante afluencia de comensales á esta espléndida mesa fernandiana, no tan mal abastecida para los que ya estábamos aquí, pero exigua é insuficiente, por las circunstancias anormales que no desconoce nuestro público, para tan extraordinaria é improvisada concurrencia de forasteros.

Con el único fin de que conste el inmenso sacrificio que nos hemos impuesto los españoles, y esto, no por la simpatía que nos pueda inspirar una Nación determinada, sino en cumplimiento de un deber internacional, que con igual desprendimiento y caballerosidad hubiéramos cumplido con cualquiera de las Naciones beligerantes si los papelès se hubieran jugado á la inversa, nos hemos propuesto indicar brevemente y sin exageraciones de ningún género los apuros por que está pasando la Colonia española de Guinea en los puntos anexos á la internación. O la justicia habrá desaparecido de la tierra, ó no podrán menos las Naciones de ambos bandos de reconocer la hidalguía de la raza española y entonarle himnos de alabanza y gratitud.

Esto supuesto, enumeremos las varias salpicaduras que nos han llegado acá.

1.^a *Salpicadura*.—La carestía entre los europeos. Como no podía ser menos al entrar en la Isla cerca de 1.000 alemanes que se establecieron en Santa Isabel y

algunos en Basile y San Carlos, no bien nutridos durante los veinte meses de guerra y de bloqueo, escasearon los víveres para los demás europeos. Apenas se encontraban en los comercios artículos de primera necesidad para la alimentación del europeo, merced en su mayor parte al injusto trastorno sufrido en un año y más por nuestro comercio con tanta detención, revisión y retraso de barcos, y aún entonces á precio de oro, como suele decirse. Es verdad que nuestro Gobierno proveyó enviando á la brevedad posible el vapor «Cataluña» con provisiones con destino al Gobierno General de la Colonia, y éste lo distribuyó equitativamente; pero el vapor no dió abasto á la mucha necesidad que había en la Colonia. Poco después llegó el «Panay» con provisiones y carga general; pero tampoco fué bastante para salir de los apuros, aparte de que los precios subían más arriba de las nubes. La salida de los indicados vapores y del crucero «Extremadura», con la magna expedición alemana de 890 internados de Santa Isabel, alivió algo al elemento blanco; pero si se tiene en cuenta que gran parte de las provisiones llegadas se habían ya consumido y no pequeña porción de ellas se destinaban al aprovisionamiento de los tres barcos que componían la expedición que salió para Cádiz el 16 de Abril, se comprenderá que los que aquí vivimos seguiríamos en nada desahogada situación, con la agravante de que aún quedaban entre nosotros en Santa Isabel el no despreciable número de unos 150 alemanes internados.

Esta era nuestra situación á la salida de la expedición «Extremadura»—«Panay»—«Cataluña.»

Veintidós larguísimos y muy pesados días transcurrieron luego, engañando cada cual como pudiera su pobre estómago y fijos siempre los ojos en el horizonte por si divisaba el suspirado barco que aportara nuevas provisiones de boca.

En la mañana del 8 de Mayo, todos respiramos ya alegres, aunque luego pasó la alegría al ver que el vapor «Villaverde» no traía más que arroz, pescado salado ó seco, tabaco y harina, para ponerlo á disposición del Gobierno, y alguna cosilla más. Con esto se remediaba en parte el hambre de los morenos, pero no las duras molestias de los europeos. Otra vez, pues, sin garbanzos, sin tocino, sin jamón ó cosa equivalente para el puchero, y sin vino, y con los precios quintuplicados y más de lo poco que resta en las factorías. Sabemos de algunos que han tenido que echar mano, á falta de bacalao, del tiburón salado que viene para los morenos, del aceite de palma, de muy mal vino (el del consumo corriente entre los braceros), del vino de palmera, del plátano, de la malanga, etc., y quiera Dios que no falten esos recursos.

¿Cuándo llegará el barco? se oye preguntar á la continua. Como la esperanza es lo último que se pierde, se aplica un lenitivo al dolor con respuesta como ésta: «Dicen que está en camino el simpático «Ciudad de Cádiz», que viene abarrotado de víveres para blancos y morenos, y que llegará á nuestro puerto del 23 al 26 de los corrientes.» ¿Será así? Dios lo haga. El 16 zarpó para la Península el vapor «Villaverde» con regular expedición hispano-germana; menos mal que disminuyen los comensales. No es que no sintamos el que

nuestros amados compatriotas hayan de regresar por falta de salud á la Metrópoli, sino que no hay mal que por bien no venga, y en el caso presente, al propio tiempo que para ellos es un bien acudir pronto al remedio, los que aquí quedamos salimos también bonificados á causa de las críticas circunstancias originadas por la maldita y desastrosa guerra.

Y pasemos a la

2.^a *Salpicadura*.—El hambre en los trabajadores. Por las causas indicadas y por la que luego explicaremos, escasea y en algunos casos falta el arroz y el pescado, alimento reglamentario de los trabajadores. La falta de arroz se suple en parte con el plátano; pero éste escasea mucho también ya en las fincas, por lo que luego diremos, y muy pronto va á ser un artículo de gran lujo, si es que algo queda.

A falta de pescado y so pena de enfermar los braceros, vense los propietarios en la precisión de darles libertad parte del tiempo laborable para que con su industria se hagan con algún «grompí» ó ardilla, ó reptil comestible, ó con algunos pececillos, langostines, cangrejos, caracoles, ranas, etc.

3.^a *Salpicadura*.—El hambre en los indígenas de los alrededores de Santa Isabel. Es ésta ya una realidad, y á ellos mismos con ser de suyo nada previsores no se les oculta que les ha de llegar una situación extremadamente crítica cual nunca han visto. Véase lo que luego decimos en el número 5.

4.^a *Desmembración* y cierre de los Colegios. Es otra triste realidad, que ya se nos ha echado encima con respecto á algunos de nuestros Colegios.

No es menester detenernos en comentarios.

5.^a *Salpicadura*.—La plaga de langosta. Nos parece muy propia y expresiva la comparación para dar á conocer los efectos forzosos de la venida á la Isla de más de 17,000 naturales de Camerones, alojados, en su inmensa mayoría, en sus limpios y alineados campamentos situados á las afueras de Santa Isabel.

Esta avalancha de extranjeros ha causado y está causando los siguientes perjuicios:

A) Carestía y horrorosa subida de artículos en las factorías. Eran de ver, sobre todo á raíz de su llegada, las factorías atestadas de compradores. Y como venían hambrientos y escasos y con regular acopio de moneda, los estantes de las tiendas quedaban vacíos, pues, en el afán de comprar alargaban cualquier precio. Así se explica la falta de arroz y pescado y que géneros que antes se compraban á una peseta, ahora no se puedan adquirir sino por un duro. Claro que los comerciantes habrán hecho su agosto, como no se le oculta al menos lince.

B) Carestía de plátanos y demás alimentos indígenas. Como la Isla, por feracísima que sea, no estaba preparada para alimentar con sus frutos á 17,000 nuevas bocas, forzosamente ha tenido esto que suceder.

Quien quiera verlo y palparlo, salga un poquito de casa, vaya por esos caminos y se encontrará con grupos de veinte, cincuenta, doscientos, cuatrocientos y más, hombres, mujeres y niños, caminando hacia las plantaciones, sobre todo de indígenas. Y si entra en poblados bubis, verá una multitud que llama continuamente á las puertas con el consabido «plantí» (plátano), a

no), al propio tiempo que alargan alguna moneda de plata. Los infelices indígenas, fascinados por el brillo de la plata y también por echar de encima tantos mendigos de nuevo cuño, les van vendiendo plátanos, manlanga, aceite, etc. No tardarán en llorar su desacierto.

Aunque es muy de loar el Gobierno por haber tomado sus prudentes medidas para evitar robos y desmanes, no dejan de suceder cosas desagradables, llevando siempre la peor parte nuestros pobres indígenas, los bubis.

Por lo demás, el plátano escasea ya, y en muchas fincas no se ve un racimo para muestra. Adivínese ó calcúlese el conflicto consiguiente.

Nada decimos del asalto que dan asimismo á los riachuelos para apoderarse de los pececillos, para lo cual los recorren todos de abajo arriba, desviando muchas veces el curso de las aguas para más fácilmente hacerse con la codiciada presa.

Hemos visto á veces más de cuarenta mujeres juntas dedicándose á estas faenas, en ríos muy inmediatos á poblados bubis, con no poca molestia para éstos.

C) *Carestia de bambú.*—Sabido es que los indígenas de nuestra Isla cubren sus chozas ó viviendas con bambú ó nipa, ó sea con hojas de esta planta cosidas ó entrelazadas entre sí con la corteza de sus ramas.

Los tejados ó cubiertos así construídos, bien cuidados, duran poco más de dos años, al cabo del cual tiempo han de ser renovados.

Pues bien, para la construcción de la innumerable multitud de chozas, para sus diferentes campamentos, están haciendo una verdadera riza en los criaderos ó plantaciones de nipa, en donde hasta la hora se proveían los bubis ó indígenas de estas inmediaciones, que deploran amargamente este horroroso consumo que les impedirá hacer ó renovar sus casitas en unos tres años por lo menos.

Para que se vea si exageramos, hoy mismo que estas líneas escribimos hemos visto atravesar un poblado bubí más de 500 hombres con su correspondiente carga de nipa ó bambú, y los demás días pasa poco más ó menos lo mismo. Y esto en uno solo de los muchos puntos en que se proveen de este material de construcción.

6.^a *Salpicadura.* Pasamos por alto la verdadera plaga de moscas y tábanos y otros molestísimos huéspedes que se nos han venido en pos de los camerones.

Baste lo sencillamente expuesto para que mejor se aprecien algunas de las salpicaduras de la funesta guerra y los no pequeños sacrificios que nuestra Colonia ha tenido y tiene que arrostrar en las presentes circunstancias.

Y seguimos padeciendo

Esto escribíamos á fines de Mayo, desde la cual fecha, lejos de remediarse la situación va empeorando, si bien se ha aliviado la escasez de alimentos, gracias á las providencias del Gobierno y cooperación de la Compañía Transatlántica.



R. P. ANTONIO GUASCH, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Conocida es de los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS la importante Universidad católica que en Tokio (Japón) inauguraron hace pocos años los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús. Con singular provecho para las almas y gloria de Dios, crece y se desarrolla obra tan importante. El R. P. Antonio Guasch, conocido profesor de alemán en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, de Barcelona, autor de la notable obra «Antología alemana,» práctica y excelente para el estudio de esta no fácil lengua, y autor de un selecto «Florilegio de sentencias griegas,» obras que prueban los vastos conocimientos lingüísticos del joven jesuita, acaba de ser nombrado profesor de lengua y literatura castellanas en dicha Universidad. Una vez más son los Misioneros quienes, á la par de la Doctrina que salva, extienden por el mundo nuestra lengua y con ella la influencia española. Embarcó el P. Guasch en Barcelona el 7 del corriente mes, acompañado de otros Misioneros Jesuitas destinados á las Misiones de China y Filipinas: á todos desea LAS MISIONES CATÓLICAS felicísimo viaje, y que el Señor bendiga y haga fructíferos sus apostólicos trabajos.

El vapor correo «Cataluña»

El 26 por la noche entró en nuestro puerto el vapor «Cataluña,» casi exclusivamente destinado al Gobierno para el socorro de los ya 20,000 internados, por lo que es muy grande el malestar y descontento de nuestra Colonia, por más que el miedo hace que no se exteriorice. Baste decir, que de 5,000 toneladas que esperaban embarque en Barcelona, sólo se concedió cabida á 400 toneladas; lo demás, á disposición del Gobierno para los internados. Muy de temer es, que las 4 600 toneladas corran igual suerte en el correo siguiente, con grave trastorno del comercio y de la Colonia.

Un hecho providencial

Tal calificativo merece el ocurrido en Punta Coronas (Costa continental cercana á Cabo San Juan y próxima al puesto de Calatrava) el 25 del pasado Mayo, y que nos refiere en una correspondencia el reverendo P. Epifanio Doce, Superior de la Misión de Corisco.

Los que han tenido que pasar por dicha punta en las mareas vivas, cuando el banco de piedra queda poco menos que al descubierto, pueden apreciar de cerca el peligro inminente que corre cualquiera embarcación, que por descuido ó bien por hacer alarde de pericia se aproxima á dicho punto.

Pues bien; el predicho día 25 salía de la isla de Corisco, con rumbo á Bata, un bote-cayuco con cinco marineros, tres mujeres y una niña de tres años de edad, y por toda carga seis tortugas, madera y los correspondientes equipajes.

Al llegar á Punta Coronas, debido parte á lo huracanado de la brisa y más que todo á la mucha carga que llevaba la embarcación, una ola que entró por popa inundó el cayuco, el cual dió la vuelta cogiendo debajo á los pasajeros. Inútil sería explicar los lamentos y exclamaciones piadosas que se escapaban de los labios y corazones de los pobres naufragos: el *capi* del cayuco conservando la serenidad que en tales casos huye del pecho de los más valientes marinos, coge á la niña y á la madre, que es su hermana, y las coloca encima del cayuco.

Luego con la seguridad de ser obedecido, manda cortar las anillas de melongo que sujetan la vela al palo principal, y sacar el palo, única manera de asegurar sus vidas. Difícil es la operación, mas al momento uno de los valientes marineros se zambulle en el agua, á éste le sigue un segundo, y después de haber cortado varias anillas, sacado el palo con la dificultad que se deja suponer, por tener que maniobrar á cuatro metros de profundidad, el cayuco pudo recobrar su natural posición. Se achichó el agua con toda velocidad, y á los pocos minutos se hallaban ya dentro de la embarcación, con un compañero medio ahogado, que uno de aquellos bravos marinos logró arrebatarse á las gigantescas olas.

Pero no está aquí todo lo terrible y espeluznante del caso. ¡Cuán bueno es nuestro Dios que vela con particular Providencia sobre el alma de inocentes criaturas y por causa de ellas detiene las más de las veces el castigo que merecen los pecadores! En el momento preciso que los ocho naufragos entraron en el cayuco, vióse éste rodeado de *tiburones y cerdos de mar* (delfines), en número tal, que los que poco antes estaban con miedo quedáronse después como mudos de espanto. ¿Qué mano invisible protegió y libró de segura muerte á nuestros naufragos? ¿Quién detuvo *al terror* del marino experto hasta el momento preciso de que todos estuviesen en salvo? Preciso es reconocer que Aquel que preparó morada capaz y segura al Profeta Jonás en el vientre de un cetáceo, se la preparó en débil embarcación á nuestros afortunados naufragos... Al oír relatar las circunstancias del hecho á los que salieron ilesos del peligro, no pudimos por menos de alabar á Dios Nuestro Señor é invitarles á que de lo íntimo de sus corazones se mostrasen reconocidos para con el Padre de las misericordias.

Su relato trajo á nuestra memoria el hecho que aprendimos en nuestra infancia, de Alonso de Albuquerque, el cual, víctima de horrorosa tempestad con su armada, y en suprema angustia coge en sus brazos á un candoroso niño y levantándolo al cielo exclama: «Si nosotros somos pecadores, este niño es inocente: Señor, por este niño tened piedad de nosotros.»

Dios escuchó la plegaria y la tempestad se apaciguó, y el peligro quedó conjurado y la vida de muchas almas fué puesta en salvo. ¡Este es el poder de la inocencia sobre el corazón de Dios! aplacar y detener su justicia vengadora...

La estación lluviosa

En la Isla de Fernando Póo hemos entrado ya en la temporada de recias lluvias que son las que traen la cosecha del cacao.

Ya se empiezan á coger los primeros frutos y todavía no nos atrevemos á predecir la abundancia ó escasez de la cosecha, que depende aún de futuras contingencias.

Basilé (Fernando Póo), 30 Junio, 1916.

Misiones Franciscanas de California



NUMERABLES fueron las dificultades que hubieron de superar los misioneros de California para introducir la fe católica y civilizar á los indios: indecibles sus privaciones y peligros, grande su abnegación al esconderse en un rincón del mundo, y vivir entre pueblos salvajes sin más esperanza temporal á veces que una muerte violenta. Ocultos á los ojos del mundo, no aspiraban sino á

sacrificarse por Dios y por la salvación de aquellas abandonadas almas, confiadas á su cuidado.

A pesar de esto, escritores sin pundonor y aun sin conciencia, se han atrevido á mancillar su buen nombre. Hacíase, pues, necesaria una historia crítica de las Misiones, no tanto narrando los hechos, cuanto desahuciando sus maliciosas interpretaciones y calumnias.

Tal fué la ardua empresa, animosamente acometida mucho ha por el Rdo. Z. Engelhardt, O. F. M., y que va realizando con un éxito admirable. De su incompa-

able obra *Missions and Missionaries of California* acaba de salir á luz el IV volumen, último de los que forman la Historia General de las Misiones de Alta California. Con otros dos ó tres tomos más sobre la historia local de las 21 Misiones y sus misioneros, quedará consumado el más precioso monumento que se ha levantado en honor de aquellos abnegados Padres.

Por lo que toca al contenido del IV volumen, hállese descrita en él la última época de las Misiones á partir de 1836. Comprende tres secciones: la 1.^a de 1836 á 1840, siendo Comisario-Prefecto, Fr. N. Durán; la 2.^a de 1840 en que fué consagrado Obispo de las Californias Fr. F. García Diego, á 1846 en que poco después de la destrucción de las Misiones, y del fallecimiento del Obispo y del Comisario-Prefecto, terminó la dominación mexicana; y la 3.^a comienza con la dominación americana.

En las dos primeras secciones, la secularización y ruina de las Misiones es una de las cuestiones más importantes. Ya desde 1830, Pico y sus cómplices les habían declarado una guerra á muerte, y en 1834 arrancaron con amenazas á Figueroa el fatal decreto de secularización. Desde entonces las Misiones, puestas sus temporalidades en manos de administradores sin conciencia, caminaron á su ruina á pasos agigantados.

Cual fuera en todo este tiempo la suerte de los Padres, nos lo describe gráficamente Fr. N. Durán, al comparar sus vidas á un «martirio con agujas.» Su relación copiada en el cap. VI, sec. I, es en extremo interesante para formarse una idea de su lamentable situación.

En 1843 restituyó el Gobernador Micheltorena las Misiones á los Padres (pág. 272), no haciendo más que ejecutar una ley dada ocho años antes por el Gobierno mexicano; mas en 1845 una rebelión de los paisanos colocó en el poder á Pico; y éste, no menos codicioso de las Misiones que del fondo piadoso, se encargó de darles el golpe definitivo. El mismo año publicó un Reglamento para su venta y arriendo (pág. 445); lo que por fin se llevó á cabo contra la expresa prohibición del Gobierno central (Sec. II, cap. XVIII). De este modo los Picos, Bandinis, Alvarados, Vallejos, Chicos y otros hijos del país, acabaron con la grandiosa obra de civilización, levantada con tanta abnegación y constancia por los beneméritos hijos de San Francisco.—En el capítulo XX, sec. II, hace el autor un resumen general de los trabajos de los misioneros de 1769 á 1846.

Aún no se había secado, por decirlo así, la tinta de la última escritura de venta, cuando llegaron los americanos; algo tarde por cierto, pues la nefanda obra de destrucción estaba ya consumada. Bajo la nueva bandera disfrutaron de paz y libertad los Padres, y poco á poco se fueron multiplicando las obras católicas. Después de la administración de la diócesis de Los Angeles por Fr. González Rubio, O. F. M. (1846-1851), ocupó la Sede episcopal el Ilmo. Sr. J. S. Alemany, O. P. (1851-1853); y trasladado luego á la nueva archidiócesis de San Francisco (1853-1884), le sucedió en Los Angeles el Ilmo. Sr. T. Amat, C. M. (1854-1878). En todo este tiempo, con la llegada de sacerdotes y religiosos de diferentes Ordenes, fueron surgiendo nue-

vas instituciones católicas. Por fin, en los dos últimos capítulos expone el autor la famosa cuestión de las tierras de la Iglesia, por la que tanto se interesó el Arzobispo Alemany, hasta que en 1855 la pudo ver resuelta en su favor.

Como en los otros tomos, así también en éste, trata el autor de describir fielmente el carácter de los misioneros, sus principios religiosos y morales, su objeto, métodos, recursos, triunfos y contratiempos; pero con tal copia de citas y documentos, que dan á la obra un tinte marcadamente histórico.

Si, pues, nos fijamos en el criterio con que toda ella está escrita, no puede serle más favorable. El P. Engelhardt, como franciscano, está poseído del mismo espíritu que los antiguos misioneros; y de ahí que puede apreciar con más exactitud que los demás historiadores de California, su modo de vivir, y los móviles que los impulsaban á sacrificar sus vidas por la conversión de los indios. Mas esto solo no basta: el historiador debe partir de los hechos; y de ellos ha partido el autor, después de haber escudriñado con una paciencia inagotable cuantos documentos originales pudo haber á la mano. Basta sino ver la interminable lista que menciona en la introducción á su Historia General (vol. II), y la que cita al principio de cada tomo.

Por otra parte, un deseo insaciable de manifestar ante todo la verdad y sólo la verdad, es lo que se revela á través de cada una de sus páginas; lo que contribuye tanto á la imparcialidad tan propia del historiador. El autor mismo confiesa que se le ha dejado en plena libertad para descubrir cuanto los documentos originales revelan, sin que jamás sus superiores hayan atentado á desviarlo en lo más mínimo.

Ese mismo deseo de manifestar ante todo la verdad, sin otras aspiraciones vanas, le mueven á decir que no fué su intento publicar una obra de mérito literario, sino descubrir los hechos, ordenarlos y presentarlos veraz, clara y brevemente, invitando á otros á valerse del material acopiado, por amor á la verdad y á la justicia.

El humilde Religioso confiesa además una y otra vez en los prólogos (v. I y II), que es hombre, y que como tal, por más exactitud que haya procurado en los datos, su obra no será perfecta; por lo que está pronto á corregir cuanto se le pruebe ser defectuoso.

Por todo esto se puede ver cuán libre está el P. Engelhardt de la arrogancia y espíritu de partido, tan propios de historiadores á lo Bankroft y compañía.

No sólo por la narración de los hechos, sino también por la refutación de las malas interpretaciones y calumnias de historiadores poco escrupulosos, es dicha obra digna de todo mérito. Muchos y astutos fueron los enemigos de los Padres, y continuas sus luchas con los gobernadores; de aquí que los historiadores protestantes, predispuestos en general contra los frailes, tengan como un arsenal donde proveerse de armas contra ellos.

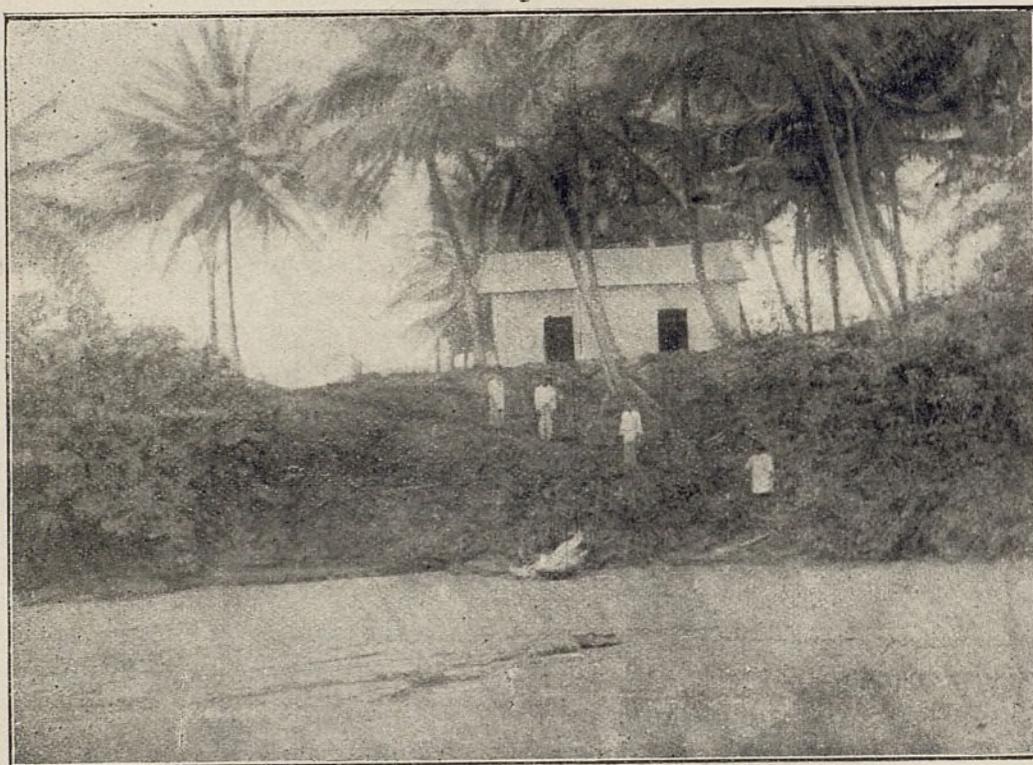
Mas el P. Engelhardt estudiando ambas partes, y fundado en hechos consignados en documentos originales, pone las cosas en su lugar. En más de una ocasión

revela, pues, el cinismo de Bankroft, Hittel y otros del mismo jaez, que juzgaron á los misioneros, sus fines y trabajos, con el criterio de Bankroft, ó sea, «bajo el punto de vista del comercialismo egoísta, del que es él un adepto sin comparación» (v. II, pág. 69).

A quien le censuró en el *Bulletin of the American Geographical Society* por haber hecho caso de Bankroft, no considerado ya como autoridad en la Historia de California, replica el P. (ap. H, pág. 805), que á pesar de ese descrédito de Bankroft, ha sido tomada su obra como principal autoridad en media docena de li-

bros sobre California, escritos en los últimos cinco años. A éstos podríamos añadir los escritos de aquel historiador de Nuevo México, que sin poseer documentos originales, pretendió hacernos tragar á pie juntillas cuanto salió de la oficina histórica del «desacreditado» Bankroft.

Finalmente, de la lectura de este último volumen resalta á la vista, quiénes fueron los culpables en las tradicionales disputas entre gobernadores y misioneros, en la ruina de las Misiones, y en el embrutecimiento de los indios.



AFRICA PINTORESCA.—GUINEA ESPAÑOLA: REDUCCIÓN DENOMINADA «CLARET», LEVANTADA Y DIRIGIDA POR LOS MISIONEROS DEL CORAZÓN DE MARÍA, EN LA COSTA CONTINENTAL DE GUINEA, FRENTE Á LA ISLA DE ELOBEY EN LA GRAN BAHÍA DE CORISCO. Allí van los Misioneros de Elobey á decir Misa, administrar Sacramentos y enseñar las verdades de la Religión á los pamues que habitan aquellas regiones que los indígenas llaman Bitika. El año pasado, un furioso tornado se llevó las planchas de cinc de la Casa-Capilla, que los Misioneros, después de muchos apuros pecuniarios, han logrado sustituir por otras, gracias á la caridad de los bienhechores de los Misioneros.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pag. 203)

Hunan Septentrional

Recogiendo florecillas por los campos del Paganismo

HOJEANDO las relaciones anuales de varios años, al contemplar el crecido número de inocentes criaturas que han subido al cielo, vínome al pensamiento dedicar unas cuartillas á la obra de la Santa Infancia; mas ahora que acabamos de conmemorar el primer lustro de la muerte del que en vida fué el alma de esta obra meritísima, nuestro amantísimo Vicario apostólico, Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Fr. Luis Pérez (q. e. g. e.) acaecida el 15 de Abril de 1910, casi lo creo un deber; porque la Santa Infancia fué su obra predilecta, el objeto de

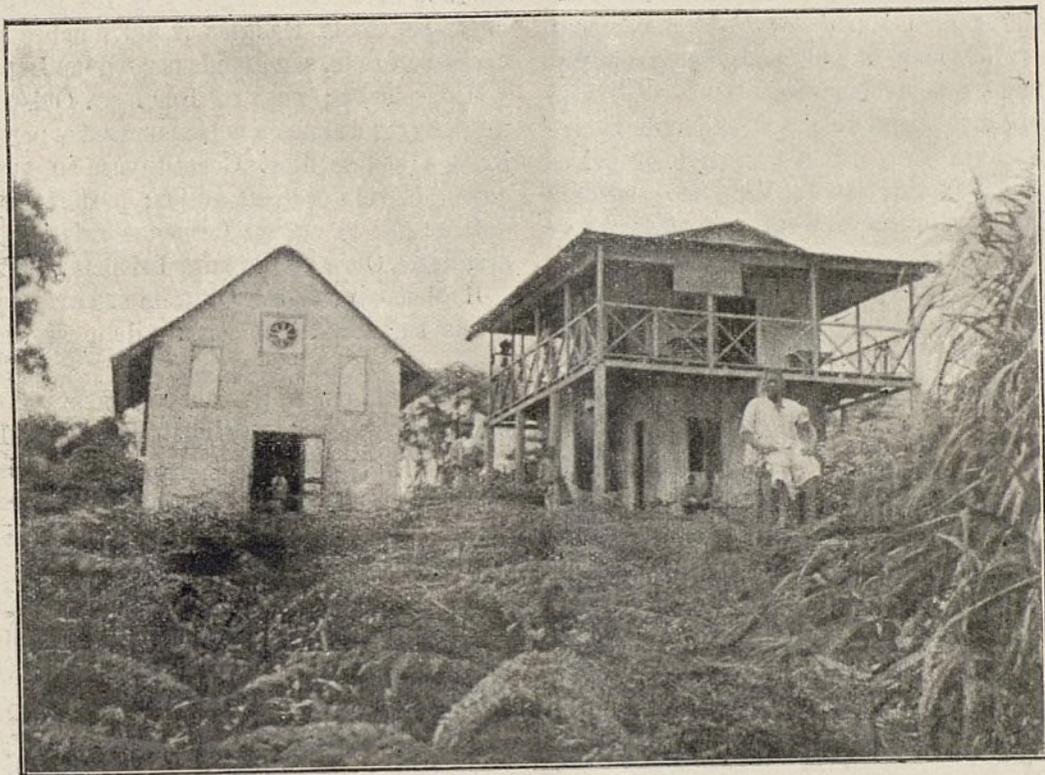
su especial cariño, la que sin duda ha labrado su eterna felicidad. De esta manera, á la vez que tributo un pequeño recuerdo á la memoria de aquel virtuosísimo Prelado, haré, en cuanto esté de mi parte, que los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS y cuantas almas piadosas á la Santa Infancia favorecen, disfruten un rato de solaz—ese es mi deseo—leyéndolas y enterándose del origen, desarrollo y progresos de esta caritativa obra en la Misión Agustiniiana de Hunan Septentrional, y hecho esto, alaben y bendigan la infinita misericordia de Dios en salvar tantas almas.

¡Ah, caros lectores, cuán admirable es Dios en todas

sus obras! no hay duda, porque como El es Caridad todo lo subyuga, todo lo sujeta á su imperio. Su infinito amor es quien provee á los países infieles de Misioneros que por El sacrifican sus esfuerzos, todo su ser; no otro que El mueve á las almas piadosas para que les ayuden con sus limosnas á proseguir su obra, finalmente El es quien convierte esos trabajos y limosnas en frutos de bendición en eterno y agradabilísimo holocausto.

Una de esas almas que la divina Providencia escogió para ejercer el apostolado en nuestro Vicariato, fué

alistóse para tomar parte en la difícil cuanto gloriosa empresa de implantar el lábaro santísimo de la Cruz en el nuevo Vicariato que la Santa Sede acababa de confiar á la Orden Agustiniense. Narrar los trabajos y peligros que tuvieron que arrostrar en aquellos tiempos en que ni el nombre de europeo podía pronunciarse, sería tarea larga. Léanse las «Notas y escenas de viaje» que el Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Fr. Juvencio Hospital ha publicado, en donde se contienen, descritos con primoroso y castizo lenguaje. En la carta VII nos describe lo mucho que padeció el entonces P. Luis Pérez al tratar de



AFRICA PINTORESCA.—GUINEA ESPAÑOLA: REDUCCIÓN DE OTOCHE. ES OTRA DE LAS REDUCCIONES DE LOS MISIONEROS, QUE TAMBIÉN ESTÁ AL CUIDADO DE LA MISIÓN DE ELOBEY. LLEVA EL NOMBRE DEL RÍO OTOCHE, QUE ES UNO DE LOS AFLUENTES DEL GRAN ESTUARIO DEL MUNÍ. Los edificios de la Reducción están situados en la cumbre de un poético monte, en el que también el Gobierno ha puesto sus ojos para fundar en él un centro de población, y tal vez la capitalidad del Subgobierno que hasta hoy radica en Elobey. Quien sepa que los indígenas pamues son grandemente inclinados al robo, no extrañará que repetidas veces hayan saqueado las casitas llevándose cuánto encontraron, de suerte que al llegar el Misionero para pasar unos días, se encontrara sin los elementos más necesarios para la vida, á una tan respetable distancia de la Misión.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 203)

nuestro difunto señor Obispo. Al pie de la relación anual de 1910, año fatídico para nuestra Misión, aparecen las tres fechas más memorables del ilustrísimo finado; recorramoslas brevemente para venir á caer de lleno en la obra de sus amores, objeto de este articulito. La primera es la de su nacimiento, que fué el 30 de Mayo de 1846 en Tudela de Sayago (Zamora). Cursaba Filosofía en el Seminario Conciliar de la diócesis, cuando se sintió llamado á estado más perfecto aún, y en 1864 ingresaba en el Colegio-Seminario de los Padres Agustinos de Valladolid; terminada su carrera, pasó á Filipinas donde bien pronto empezó á explayarse su acendrado amor al prójimo: pero no era allí donde Dios le quería, otra más nueva y más inculta viña le tenía deparada; Hunan Septentrional era el vasto campo donde el Señor quería que ejerciera su celo apostólico, en él quería probarle como el oro en el crisol. Por el año 1880

residenciarse en Semen-sien. «El Padre Luis—dice—arrendó otra casita en la ciudad de la que trataron de echarle á toda costa el mandarín y los literatos; pero el Padre Luis en vez de marcharse, compró ocultamente una casa, y dejando la que tenía en arriendo se trasladó á ella. ¡Lo que en esa casa tuvo que sufrir, sólo Dios y él lo saben!

«Como la compra se llevó á efecto contra la voluntad del mandarín, éste no quiso legalizar las escrituras; así que los inquilinos de la casa comprada se negaron á desalojarla y sólo dejaron al Misionero un cuartucho desocupado. ¡Y qué remedio quedaba! En él se metió el P. Luis, y en aquel calabozo pasó cinco meses, oyendo día y noche los más groseros insultos y amenazas.

«Es de advertir que los referidos inquilinos eran todos ellos gente de aviesa condición y de la peor ralea. En una de las habitaciones de la casa tenían mesa de juego,

Otras dos eran fumadores de opio, y en la cuarta vivían... pero peor es meneallo. Los literatos, con objeto de hacer saltar al P. Luis de aquella casa y de la ciudad, azuzaban á aquella gentuza para que le molestasen y atormentaran, lo que cumplieron á las mil maravillas; mas á pesar de todas sus importunidades, burlas y dicterios, no consiguieron alterar en lo más mínimo ni menoscabar un ápice su paciencia y resignación heroicas.

«La noche del 22 de Junio de 1887 fué bien triste para el P. Luis y el P. Saturnino de la Torre. Desde por la mañana de aquel día sólo se oía hablar en la ciudad y alrededores de matar á *los diablos europeos*. Ambos Padres, después de deliberar detenidamente acerca del partido que debían tomar en tan apuradas circunstancias, convencidos de que si salían de la ciudad era dar la causa por perdida y de que los chinos envalentonados los expulsarían del Vicariato, puesta la confianza en Dios y habiéndose confesado mutuamente se resolvieron á quedarse con manifiesto peligro de sus vidas. Al día siguiente muy temprano, tuvieron noticia de que se habían levantado los somatenes de los alrededores, y que traían banderas negras con la inscripción *¡Aniquilar á los diablos europeos!* y que estaban pasando el río para entrar en la ciudad. Dentro de ella se dirigieron los somatenes al tribunal, y al llegar al primer patio, dispararon cañoncitos de mano, bombas y cohetes, que era como pedir al mandarín su beneplácito y permiso para dar principio á la algarada...» Dios, sin embargo, que velaba por sus Misioneros, hizo que toda aquella trama se convirtiera en bien de los perseguidos, cumpliéndose una vez más las proféticas palabras del cántico de Zacarías: *Salutem ex inimicis nostris et de manu omnium qui oderunt nos.*

Así iba Dios nuestro Señor preparándole y disponiéndole para cosas mayores; en efecto, en posesión ya—si no pacífica, al menos más tranquila—de su residencia de Semen-sien, trabajó con verdadero ahinco en su nueva y cara viña que tantos trabajos le había costado, hasta que vino á sorprenderle el nombramiento de Vicario apostólico, tanto más incomprensible para él en cuanto que, por su humildad, se creía indigno é incapaz de desempeñar tan alto cargo. Llegamos, pues, caros

lectores, á la segunda fecha, la de su consagración episcopal el 12 de Septiembre de 1897 en la capital del Archipiélago filipino. Nueva era comenzaba para él mucho más trabajosa y aflictiva pero no menos amada, por considerar como una cruz, el amargo cáliz que Dios le regalaba para que le apurase hasta las heces. A fe, que sus trabajos no fueron pocos.

Nada diré de los múltiples cuidados inherentes á su nuevo cargo de pastor, cuya reciente y tierna grey era de continuo perseguida por la pagana astucia; pero no pasaré en silencio los grandes sinsabores sufridos cuando en 1900 la terrible segur y la tea incendiaria de los enemigos de la Religión y del nombre extranjero lo arrasaban todo, sembrando por todo el Imperio el pánico y la desolación; nuestro Ilmo. Sr. Obispo, á pesar de los peligros de que se veía amenazado, permaneció firme junto á sus neófitos. Constituyóse en pastor ejemplar que da la vida por sus ovejas; prefería la muerte á la destrucción de sus ya formadas cristiandades y de su predilecta Obra de la Santa Infancia.

Hablemos ya de esa Obra de sus amores, á través de la que se trasluce su corazón de padre, su mucha caridad.

Si por ella entendiéramos solamente la vigilante solicitud y cuidado en administrar el Santo Bautismo, no ya á las pobres criaturas abandonadas, sino á cuantas necesitadas se podía socorrer, fueran ricas ó pobres, nobles ó plebeyas, entonces el origen de la Santa Infancia en Hunan se remonta á la fundación del Vicariato (1877), puesto que los Misioneros, por sí ó ya por sus catequistas y neófitos, cumplían lo tan encarecidamente recomendado por el Papa Gregorio XVI á los Vicarios apostólicos de China y Reinos adyacentes. Las circunstancias de aquellos calamitosos tiempos, no les permitía obrar de otra manera, dados los calumniosos rumores—que aún persisten—de los paganos. Mas entendiéndose por tal, el recoger á esas pobres cuitadas, alimentarlas y educarlas para que el día de mañana sean buenas maestras, ó madres cristianas, en este caso el origen de la Santa Infancia es el que nos describe el Ilmo. Sr. Juvencio en su ya citado libro, carta VIII; de la que entresacaré algunos párrafos por no hacerme demasiado difuso.—(Continuará).

RECUERDOS DE COIMBATUR

UNA CONVERSIÓN MARAVILLOSA

(Conclusión)

DE pie ante ella, y sin poder contener mi amargura, miré á mi madre y la dije: ¿Acabó V.? Si lo desea, pegue más aún, pero sepa V. que desde hoy no la consideraré como á madre. Este jubón, causa de vuestra cólera, es el mismo que me regaló el día de la boda: mírelo bien: se lo devuelvo.

Sólo entonces se calmó su furor. Pero no se borró la impresión que dejó en mi alma: deshizo en mí algo que

no puedo expresar: estaba muy ligada á mi padre, á mis hermanos y hermanas, pero ni el más pequeño afecto quedaba para mi madre: hasta me pareció que nunca la había tenido, ó que me había sido arrebatada por la muerte, separándome para siempre de ella.

V.—EL DIOS DE OUPILLEN

Camisalabai se detuvo. Poco á poco se fué calmando.

su excitación: inclinó su cabeza, y sus ojos adquirieron de nuevo su mirar sereno y expresivo.

Madre, ahora que lo pienso, creo entender que se trataba de una gracia; pero entonces lloré como huérfana, por la que se conducía conmigo cual si no fuera madre. Mi padre llegó después de la escena que acabo de relatar, y al tener conocimiento de lo sucedido, sintió verdadero desconsuelo, reprochó á su esposa y trató de consolarme lo mejor que pudo.

«No llores, Camisalabai, no llores: yo te amo mucho y cuidaré de que no te hagan sufrir.»

A pesar de estas promesas, mis lágrimas, al oírle, corrían abundantes, y cuando me vi sola, las derramé todavía más amargas.

Ya sabrá usted, *Tayaree*, que antiguamente las costumbres de nuestra casta nos condenaban á acompañar hasta la hoguera á quien nuestros padres nos habían dado por dueño, y que al venir los ingleses prohibieron tales costumbres. Los Radjas Poutre, forzados á obedecerlos, reemplazaron por un aislamiento completo la antigua costumbre de ir acompañándoles hasta la hoguera.

La casa de nuestras viudas es un verdadero sepulcro. Aquellas que se estiman y no quieren verse maldicidas y arrojadas de su casta, jamás deben abandonar su morada. Por consiguiente, yo estaba destinada para siempre á permanecer en una prisión y devorar allí mi pena, sin la menor esperanza de verme liberada algún día. Mis ojos, á veces erraban por el campo y los bosques; pero con más frecuencia miraban al cielo.

¿Tú, que has hecho todo esto, me decía, no tendrás piedad de mí? Quisiera tener alas y ser pájaro de los bosques, para volar muy lejos, hasta donde mi cruel madre no me encontrase jamás.

Mi padre era un hombre muy importante. Venía mucha gente á tratar con él de sus negocios, y para distraerme, probablemente, me había confiado el encargo de recibir y enterarme de las necesidades de las gentes que le visitaban.

Un día que estaba más triste que de costumbre, llorando mis penas, vinieron á secar mis lágrimas para decirme que un *Oupilien* (casta que hace la sal) esperaba algún alimento antes de abandonar la casa. Era un pobre, y yo los quiero mucho. Me levanté, y fui al pequeño patio donde estaba esperando. El *Oupilien* no podía penetrar bajo el techo de un Radja Poutre, y me esperaba en el *tinnet*, especie de pasillo que rodea las casas, de unos dos pies de elevación, aproximadamente, y resguardado por un tejadillo saliente del muro.

El indio estaba tumbado en el *tinnet*. Se levantó, saludándome, y con una sonrisa recibió el *sórou* (arroz) que yo le ofrecía, sin tocarlo, para no faltar á las costumbres de casta. Yo se lo di sobre hojas, para no ensuciar ninguno de los utensilios de nuestra *rondou* (casa). Podía ya marcharse con su comida; pero Dios permitió que se quedara, y le vi comer tranquilo y dichoso.

Oupilien afortunado, me decía: tú eres pobre, tu casta es de las más humildes, y sin embargo parece que gozas de la vida, mientras Camisalabai, la de casta de reyes, no es otra cosa que un mar de pena y dolor.

Estos pensamientos llenaron de nuevo mi corazón, y las lágrimas corrieron abundantes.

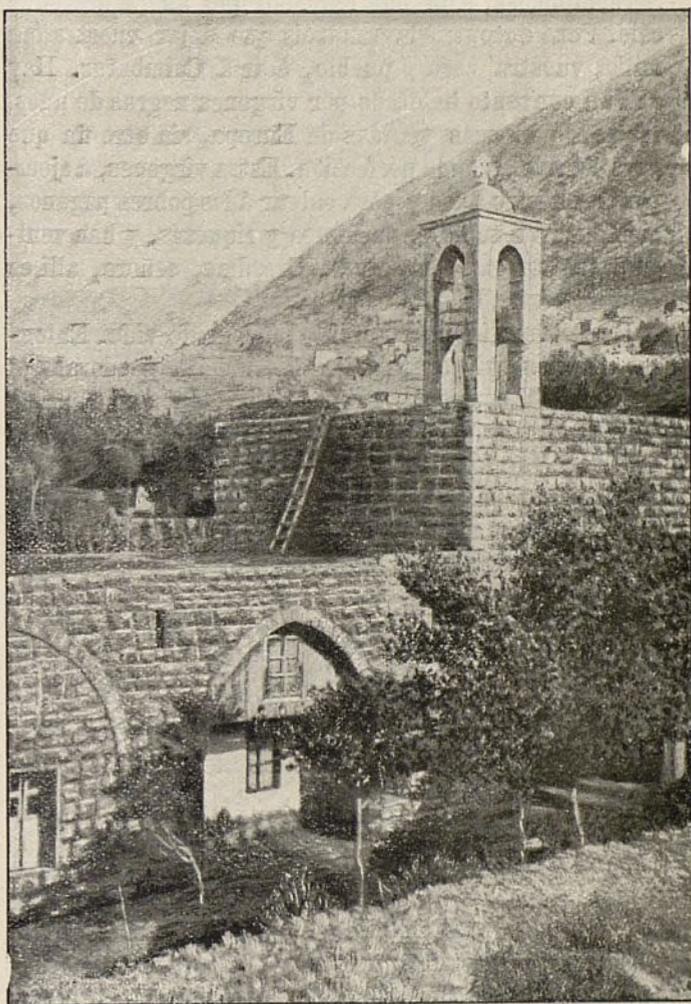
El Oupilien me miró. Tenía un alma hermosa. Su aspecto alegre desapareció, y me dijo con acento compungido:

—Dama, ¿por qué llora usted?

—Lloro, porque sufro—respondí.

—Sí, llora porque sufre, ya lo veo: con sólo mirar el traje que viste se comprende que es viuda.

—Viuda, sí; si así puede llamarse una niña casada á los diez años, formada por una madre política duran-



LIBANO. — UNA CAPILLA. — Reproducción de fotografía.

El R. P. Delore, de la Compañía de Jesús, nos escribe: «A causa de la terrible guerra que trastorna á todo Europa y una parte del Asia, las obras católicas de Siria atraviesan una situación sumamente crítica: la de la buena prensa está en grave crisis por falta de numerario, y fué menester suspender las treinta y cinco escuelas que yo había organizado y sostenido durante diez años en los pueblos del Líbano.

te tres años, y que no llegó á penetrar en la mansión del esposo.

El Oupilien pareció compadecerse, y añadió:

—La religión pagana carece de remedio para esas heridas. Seguid mi consejo, señora, y en un instante secaré las lágrimas que tan abundantes corren de sus ojos. ¿Quiere usted la receta?

Yo, que sufría verdaderas torturas, y que en este hombre, á pesar de su miseria, vi una paz y una alegría desconocida, le respondí:

—Decid pronto lo que deseéis.

—Mi tesoro es la verdad, repuso este pobre hombre. Yo adoro al único Dios todopoderoso: soy cristiano. Sé que mi Criador nació por mí, y que ha muerto para salvarme. A este verdadero Dios y Redentor no le conoce usted, señora. Adora usted á toscas piedras que el Dios de los cristianos ha criado sólo para el uso del hombre, y de las cuales la locura humana, por instigación del espíritu malo, ha hecho divinidades. Adorad á mi Dios, señora, y sus lágrimas dejarán de brotar, porque vino á la tierra para consolar á los que lloran. Seréis dichosa, con una felicidad que ahora desconocéis. Para encontrarla tendréis que dejar vuestra familia, vuestra casa y pueblo, é ir á Coimbatour. Hay allí un convento habitado por vírgenes negras de nuestro país y blancas venidas de Europa, sin otro fin que para formarlas en la perfección. Estas vírgenes, á ejemplo de nuestro Dios y para salvar á los pobres paganos, abandonaron su país, parientes y riquezas, y han venido á habitar entre nosotros. Creedme, señora, allí es donde nuestro Dios la espera...

Desde ese día me resolví á cambiar de vida. Entonces ofrecí servir á ese Dios que amaba y adoraba el Oulipien. Y para conseguirlo, decidí tener una entrevista con mi padre, á quien di á conocer mi deseo de buscar á las vírgenes de Europa.

Mi pobre padre quedó aterrado. Su corazón sufrió mucho, porque me quería para sí y no podía resignarse á la separación. Creyó conciliarlo todo rogándome que esperara, á fin de que su amor de padre tuviera tiempo de prepararse á esta separación.

Obedecí; pero Jesús que me buscaba, otra vez envió al Oulipien á nuestra casa. En cuanto llegó le hice diversas preguntas acerca de la Religión Católica. Entonces me habló más extensamente de Jesús crucificado y de su Madre Santísima.

Mi hermana estaba casada, y su casa cercana á la nuestra. Recluída é impaciente, quise un día ir á verla.

Al enterarse mi irascible madre, se arrojó sobre mí como verdadera furia, preguntándome por qué me había atrevido á faltar á las costumbres de nuestra casta. Enfurecida, me zurró más que nunca. Era este el momento elegido por nuestro Dios y esperado con impaciencia por mi corazón.

Mi padre no pudo perdonar á su mujer los malos tratamientos que me daba, y la dijo:

«Tú no sabes perdonar á esta criatura una violación de las costumbres de la cual ni siquiera se da cuenta: desde hace tiempo la haces sufrir mucho. Escucha una noticia: voy á privarte de tu hija, y la conduciré á la Casa de las vírgenes de Europa que hay en Coimbatour. Ella lo quiere, y yo no me opongo.»

Mi madre protestó y me recriminó; pero en vano: mi padre, volviéndose, me dijo:

«Coge el *catti sórou* (arroz preparado para provisión en los viajes de los indios).

Obedecí, envolviendo en una servilleta el alimento necesario para comer durante el viaje. Partimos y usted sabe, Madre, cómo fuí puesta en sus manos.»

Camisalabai cesó de hablar, fijando sus expresivos ojos sobre los míos, como si quisiera decirme: ya os lo

he contado todo; ahora os toca hablar á vos. Comprendiendo aquella muda invitación, la dije:

—Dios ha sido muy buena para ti: he comprendido tu historia. Ahora que nos conoces, di qué quieres hacer y qué quieres ser.

—Lo que yo quiero, Madre, contestó la Radja Poutre, es la voluntad del Dios de Oupilien; lo que quiero es ser hija de ese Dios, recibir pronto el Bautismo.

Camisalabai se puso á estudiar con tan santo ardor, que el día 19 de ese mismo mes de Marzo la juzgó digna del Santo Bautismo el Misionero encargado de nuestro catecumenado. Al recibir el Sacramento regenerador tomó el nombre de María Angela.

Aunque sea fuera de costumbre, al ver las disposiciones especiales de la neófito, el siguiente día de su bautismo, el 20 de Marzo, se le administró la primera Comunión.

VI.—LA HIJA DE SAN FRANCISCO

Los que marchan por el camino tortuoso y se afanan por atesorar bienes terrenos, jamás consiguen apagar la sed.

Camisalabai, regenerada por las aguas bautismales, poseyendo á Jesús por la recepción de la Eucaristía, sentía en ella nueva vida, la que infunde la gracia y da la paz.

Se postró humildemente á mis pies, y mirándome risueña, dijo:

—Usted me ha dado una hermosa *silee* blanca, y yo estoy muy reconocida por ello y quiero llevarla algunos días como recuerdo del baño purificador donde el Señor me ha sumergido. De buena gana la conservaría toda mi vida, pero como no es posible conservarla siempre limpia, y mi alma no quiero se manche, tendré que trocirla por otra.

—¡Ah! la dije. ¿Qué traje quieres ponerte? ¿Llegarás á ser vanidosa, Angeles?

Movió la cabeza y respondió:

—La librea que deseo es la de los terciarios de San Francisco. Quiero ser su hija, dijo la angelical niña con acento suplicante.

—Paciencia, Angela, contesté: no hay que marchar tan deprisa. Antes de tomar el hábito de nuestro seráfico Padre ha de pasar un largo tiempo de prueba. Sin embargo, si eres muy buena, muy obediente y muy fervorosa, tal vez se pueda acortar ese plazo.

En Coimbatour, como en todas nuestras Casas de la India, deseamos que nuestras agregadas miren con mucha seriedad su entrada en la Tercera Orden y se les hace pasar por el postulado antes de darles el hábito de novicia en el ejército de nuestro seráfico Padre.

El de Angela edificó á todas sus compañeras, y el día de la fiesta de San Francisco cambió su *silee* blanca por el hábito y cordón del Patriarca de Asís.

VII.—PADRE, ADORA Á MI DIOS

Voy á terminar la historia de Angela con el relato de la última entrevista con su padre.

Cuando el Radja Poutre vino á verla, yo le conduje al recibidor, y después de los saludos de rigor, dejé que hablaran á solas.

Al marcharme, vi al Radja Poutre mirar á su hija con cierto aire altivo y con la cabeza más levantada que de costumbre, y oí que le preguntaba:

—¿Eres cristiana?

—Sí, padre mío, y he hecho mi primera Comunión al siguiente día de bautizarme.

Angela estaba tan entregada á Dios que pudimos perfectamente abandonarle en este trance. Luego nos contó lo que había pasado. Camisalabai, que tan poco tiempo había estaba sumergida en la idolatría, empezó á hablar á su padre del amor de Dios, de la felicidad que hallaba siendo cristiana, y de su grande alegría por haber ingresado en la Religión verdadera; le habló también de las locuras de la idolatría, y concluyó diciendo al Radja:

—Ya sabe usted el lugar que ocupa en mi corazón, cuánto quiero á usted y á mi familia; pues bien, ya no os necesito, porque Dios solo me basta. Mi mayor sufrimiento no es ahora el alejamiento de los cuerpos, sino el de las almas. Me espanta y hace sufrir el pensamiento de que sois esclavos del demonio y estáis expuestos á ir para siempre á las llamas del infierno, mientras que yo, vuestra hija, se encuentra ya entre las criaturas del Dios de toda luz, y llamada á gozar eternamente la dicha del cielo. Padre, le dijo, ¿no quiere usted estar unido con su hija después de la muerte? ¿No quiere usted conocer al Dios que yo amo y adoro? ¿No quiere usted hacerse cristiano? Responded, padre, á esta pregunta.

El pobre Radja Poutre no tenía ya tan erguida la cabeza. Sin oírle se podían adivinar sus sentimientos. Había bajado su frente ante esta criatura privilegiada que le hablaba de cosas maravillosas y le hacía conocer al Dios de amor. Su mirada se fijaba por momentos en Angela, y fácilmente se descubría su ternura y su admiración por ella. ¡Se sentía orgulloso!

Hubo un instante de silencio por una y otra parte, pues la emoción les cortaba la palabra. Entonces me acerqué á ellos.

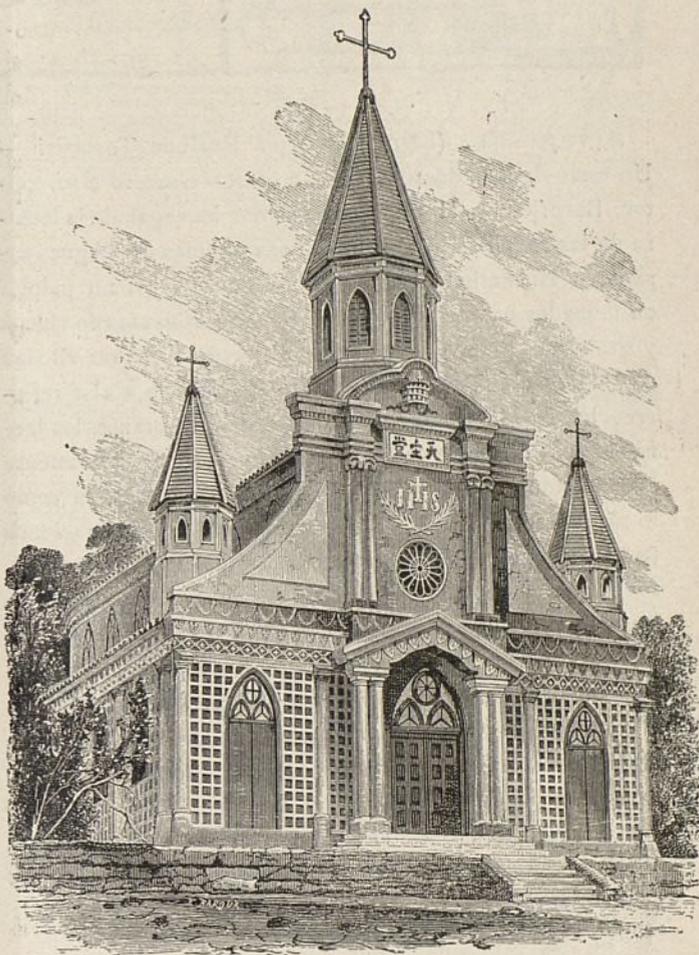
El Radja Poutre pidió á su hija permiso para retirarse.

—Vete, padre mío—dijo la joven;—pero antes, sígueme: quiero llevarte á nuestra capilla para que adores al Dios que adora Angela. Ven á prometerle que pronto tú y toda la familia desearéis reuniros conmigo y pediréis el Bautismo.

Antes obedecía Camisalabai al Radja Poutre; ahora los papeles se habían cambiado. El altivo indio se sometía á una niña. Al fin entró en la Casa de Dios, le adoró y repitió con su hija este sagrado juramento: «Dios de Angela: te prometo venir para convertirme con toda mi familia.»

Nuestra terciaria estaba loca de alegría y de esperanza. Una vieja misionera bien puede compartir con

ella esa felicidad, y esperar que la familia de Angela se convertirá al Señor. La oración de esta privilegiada criatura será escuchada en los cielos. Unanse ustedes



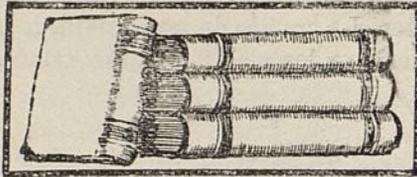
JAPÓN. — NAGASAKI: IGLESIA DE LOS VEINTISÉIS MÁRTIRES.— Reproducción de fotografía.

El 17 de Marzo hizo cincuenta años que era inopinadamente revelada á los misioneros de Nagasaki la existencia en Urakami, de numerosos descendientes de los antiguos cristianos convertidos por San Francisco Javier, heroicos descendientes de aquella Iglesia del Japón que en su apogeo contara cerca de un millón de fieles. La historia de la Iglesia no ofrece ningún otro ejemplo de persecución tan implacable como la del Japón. El 5 de Febrero de 1597, 6 Franciscanos españoles, 3 Jesuitas japoneses y 17 seglares, crucificados en Nagasaki, inician el martirologio: para honrar su memoria se ha edificado el suntuoso templo que representa nuestro grabado. La persecución causó más de doscientos cincuenta mil mártires.

á ella como lo hacemos nosotras para pedir la conversión de los que ella ama, y á los cuales no cesa de decir: «¡Venid al Señor, porque es la bondad personificada, el Dios de Angela y el del pobre Oulipien!»

(Anales de las Franciscanas Misioneras de María).





BIBLIOGRAFÍA



Agua pasada... (narraciones) por Enrique Tomasich.— Un tomo de más de 400 págs., 5 ptas.—*Gustavo Gili*, editor, Barcelona.—Horas deliciosas nos ha regalado la lectura de las sencillas pero sentidísimas páginas de «Agua pasada...» El sentimiento más noble y más legítimo palpita en todas las narraciones, en especial en «Cuentos de chicos y grandes», indudablemente lo mejor de la obra: «Bodas de Plata», «El Testamento de D. Melquíades», «La resurrección de Marianín»... ¿quién que tenga corazón los leerá sin sentir que se le humedecen los ojos, profundamente emocionado por la ternura del asunto, por la manera como lo sabe describir el Sr. Tomasich? Ensayo de narraciones patrióticas podrían titularse las dos últimas de la obra: quizás por los episodios elegidos no resultan todo lo intensas y vibrantes que debieran, pero tiene el autor cualidades sobradas para hacerlas excelentes, y bien quisiéramos verle escribir un tomo entero de ellas, que pudiera ser libro de lectura de nuestros niños y de nuestros jóvenes. Faltan en España obritas dedicadas á fomentar el amor patrio, el anhelo de la grandeza nacional, y hoy que, gracias á Dios, parece próximo á morir el pesimismo que caracterizara la última mitad del siglo XIX, cooperarían tales libros al iniciado resurgimiento español.

L'Apostolat de la jeunesse pendant l'année de la guerre, par l'Abbe L. J. Bretonneau.—Precio, 2 francos.—P. Tequi, éditeur, París.—Es el que nos ocupa libro destinado á hacer patria, á avivar en la juventud francesa el amor patrio; es, pues, uno de estos libros cuya falta en España lamentamos en la anterior nota bibliográfica al rogar al Sr. Tomasich que, él que tan bien sabría hacerlo, se resuelva á escribirlos. Dedicado á los que educan, á las madres y á los niños, lo compone una colección de narraciones y poesías patrióticas: Paul Déroulède, el genial enamorado de «la revanche», Jean Aicard... y otros muchos patriotas poetas, hechos de niños y de jóvenes, sentidas cartas de soldados... Su único defecto, casi inevitable en las actuales circunstancias, es empeñarse en hacer odioso al enemigo: lamentando esto, elogiamos y aplaudimos el fin que el autor persigue: inculcar en el ánimo de los jovencitos el amor patrio, única base de la vida y de la grandeza de los pueblos libres.

Le Sainte Eucharistie, par le R. P. Ed. Hugon, O. P., maitre en Théologie, professeur de Dogme au College pontifical «Angélique» de Rome, etc.—Un tomo de 364 págs.; francos, 3'50.—P. Tequi, éditeur, París.—La Eucaristía, afirman piadosos místicos, brilla en el cielo de la Iglesia como el sol entre los astros del firmamento. Después de dar una ojeada general á este Misterio y poner de relieve su capital importancia, estudia la Eucaristía como síntesis del plan divino, la Eucaristía en la vida de la Iglesia, los prin-

cipales errores que contra ella se han suscitado y cómo los ha combatido el magisterio infalible, estudia el conocido dominico francés, la presencia real, la Eucaristía sacramento y la Eucaristía sacrificio. La lectura de las páginas de esta notable obra contribuirá á avivar el amor al «Altar» en que Jesús se inmola como víctima, á la «Mesa de Comunión» en la que Pan de Angeles se nos da en alimento, y al «Tabernáculo» de donde, Prisionero de amor, consuela y bendice.

Consolador Eucarístico. Coloquios con Jesús Sacramentado, por el autor de los «Avisos Espirituales». Segunda edición. Traducción por Juan Mateos, Pbro. Un volumen de 460 páginas de 14 X 9 cms. en tela inglesa flexible, ptas. 1'50.—Gustavo Gili, editor, Universidad, 45, Barcelona.—Constituyen el núcleo del libro dos series de meditaciones en forma de visitas para unirse en espíritu al divino Prisionero de nuestros altares. A fin de que resulte de utilidad más general, tiene al principio dos modos de oír la Santa Misa y al fin una serie de devociones en honor del Santísimo Sacramento. Todas sus páginas están repletas de acendrada piedad y exquisita y sólida devoción.

M. C. y G.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores o editores le remitan un ejemplar.

·
·
·

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR A LA
SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

(TERCER TRIMESTRE)

Suma anterior: 135 Ptas.

Para la R. M. María Mercedes de San Andrés, Superiora de las Franciscanas Misioneras de María (Japón: Hitoyoshi-Iligo)

AGUILAR DE CAMPOO.—D.^a Escolástica Rodríguez..... 25 »

Para las Misiones más necesitadas

ELGOIBAR.—J. L..... 50 »

Total: 210 »

Total recaudado este tercer trimestre y va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe: 210 ptas.

Los neófitos en sus oraciones y en sus sacrificios los misioneros, encomiendan á Dios muy especialmente á todos sus bienhechores.

Tipografía Católica Pontificia, Pino, 5, Barcelona.—1916



Sección amena

LOS MAYOS

Novela de costumbres populares de la sierra de Albarracín

POR D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

(Conclusión)

La abuela y el padre acudieron luego á hacerle caricias, y los tres se disputaban al niño. La criatura no sabía á quién atender ni con quién irse. Alargaba á veces sus bracitos á José ó á la tía Engracia; pero le llamaba María y se refugiaba presuroso en el seno de su madre. Impaciente la abuela por tener al nieto, lo tomó, diciéndole á la vez á María:

—Trae el chico, y sácale de merendar á José, que ya es hora.

Entró María en la casa y volvió al poco rato trayendo en el delantal pan y nueces. Comiéndolas amigablemente estaban, sobre manteles de hierba, cuando empezaron á sonar en la calle cencerros y cuernos.

—¿Qué es eso?—preguntó la tía Moñohueco.

—¡Qué ha de ser! (contestó cariacontecido José). Que le dan cencerrada á mi padre.

—¿Pero de veras se casa?

—Sin poderlo remediar. Todo cuanto anoche le dije fué inútil. ¿Sabe usted lo que me contestó? Que puesto que yo no tuve con su merced ningún miramiento, casándome á disgusto suyo, ninguna obligación tenía ahora de consultarme, y que, por lo tanto, se casa y se recasa porque le da la real gana.—Todo eso está muy bien, padre, le contesté yo; pero es el caso que, ya que se empeña usted en no vivir con nosotros, que le cuidaríamos en su vejez como si fuera un príncipe, tampoco le conviene á usted casarse con la tía Venancia, que es tonta de capirote y en cuatro días le hundirá á usted la casa.—Tú quisieras, me replicó, que me fuese con vosotros y os lo diese todo.—Está usted muy equivocado, padre, le dije; con mi trabajo y lo que María tiene, gracias á Dios, no nos hace falta nada; lo que sentimos es que esté usted haciendo reír al lugar casándose con una moza vieja y simpletona, que nadie ha querido.—Corriente, eso á ti no te importa, dijo irritado. ¿Y sabes lo que te digo? Que te largues ahora mismo y no vuelvas á poner más los pies en mi casa. Si hubieses sido buen hijo, ninguno de los dos necesitábamos casarnos. No quise irritarle más y me vine.

—¡Jesús, qué tío Tejeringo más travieso!—dijo la abuela.

—Ya, ya (añadió María); dicha cumplida, sólo en la otra vida.

Entretanto formalizábase la cencerrada alrededor de la casa del tío Tejeringo. Anochecía y aumentaba la algazara á la vez. Cuernos, caracoles de los que se utilizan para tocar á la dula, cencerros, esquilones, cascabeles, campanillas, almirces, platillos, carraclas, sartenes repiqueteadas con martillos, y, en una palabra, todos cuantos objetos había en el lugar que pudieran hacer ruido, fueron acudiendo á la puerta del desventurado viudo, que tuvo la ocurrencia malhadada de casarse por segunda vez, estando hecho un carcamal, y con una solterona incasable, por añadidura. Circunstancias agravantes eran éstas para que el tío Tejeringo se escapase sin descomunal cencerrada. Esto prescindiendo de que en Vallehermoso todo viudo ó viuda que la hace la paga.

Tengo entendido que, aunque prohibida y penada por diferentes disposiciones legales, tan generalizada estuvo y arraigó tanto esta costumbre en la mayor parte de las comarcas españolas, que ni el Código, ni la Constitución, ni los derechos inaguantables, ni las amonestaciones de

la autoridad, ni las alcaldadas, ni la fuerza pública, ni la misma partida de la Porra, que es cuanto se puede decir, pudieron en ciertos lugares nada contra las cencerradas famosas. En Vallehermoso, á lo menos, nadie se permite tocar, ni siquiera un cabello, á los viudos agraciados; todo se reduce á ruido y diversión. Con prudentísimo acuerdo siguen algunos viudos la broma, toman en ella parte activa, y gozan extraordinariamente en el jolgorio. Otros, menos avisados y más irascibles, se sublevan, tocan el cielo con las manos, acuden á la autoridad civil, culpan al Cura y concluyen por tragar la cencerrada, tanto más atronadora y divertida cuanto más les incomoda. De estos últimos era el tío Tejeringo. Creía el buen hombre que el día y la hora de su casamiento eran un secreto impenetrable para todo el lugar. Dios, el señor Cura, la tía Venancia y él, eran los únicos conocedores de aquellos datos interesantes: todo estaba dispuesto para celebrar el matrimonio al día siguiente á cencerros tapados y antes del alba; pensaban utilizar para testigos al sacristán y á un hermano suyo que con él vivía, llamándoles al efecto al ir á la iglesia; por si acaso se avisó al alcalde, tío Cuquita, sin revelar el secreto por supuesto, para que dispersase á los de los cencerros y evitase el desorden y el barullo.

Así las cosas, no le hizo maldita la gracia al tío Tejeringo aquella ruidosa serenata que, como llovida del cielo, se desencadenó junto á su puerta, y ejecutaron, con todas las reglas del arte, precisamente la noche víspera de sus bodas. Cuando oyó los primeros acordes de los cencerros, echó el cerrojo, atrancó la puerta y se puso á temblar. «¡Si lo sabrán esos malditos...!» pensaba el hombrecillo, lleno de coraje, y se paseaba pateando y echando chispas. Calmado algún tanto, aplicó el ojo al ojo de la llave para oír las conversaciones de la calle y saber á qué atenerse respecto á su secreto. Todo inútil. La serenata duró más de una hora, trasladándose después á la puerta de la tía Venancia, donde se repitió la función, divirtiéndose extraordinariamente los de los cencerros y retirándose después á sus casas con la tranquilidad y satisfacción del que ha cumplido con su deber.

Por más que hizo, no pudo dormir aquella noche el tío Tejeringo. El temor de que se hubiese divulgado su secreto, la preocupación y emociones propias del que se casa á la vejez, y el recelo de no despertarse á la hora convenida, le desvelaron y le hicieron pasar la noche dando vueltas sin cesar. Oído atento, le sobresaltaban los ruidos más pequeños; pero notaba luego que eran hijos de su vieja fantasía exaltada, y quedaba tranquilo. Momentos antes de las doce oyó de repente grande algazara y música. El pobre hombre se asustó, se consideró descubierto, y por lo tanto perdido, y acongojado revolvía en su mente la manera de dejar para otro día su casamiento, cuando notó que se acercaba la música, y llegó á creer que hacía alto en la misma puerta de su casa. Su abatimiento y su furor ya no tuvieron límites. Tan pronto se entregaba á éste vomitando sapos y culebras, como se abandonaba á aquél tapándose la cara con la sábana. En tal estado se encontraba cuando llegó á sus oídos la sentimental cantinela de los Mayos; respiró fuerte, destapó su cara, y oyó perfectamente que cantaban lo siguiente:

Ya estamos á treinta
Del Abril cumplido;

Alegraos, damas,
Que Mayo ha venido.

—¡Qué borrico soy (dijo el tío Tejeringo saltando de la cama y corriendo á la ventana en calzoncillos). Es que cantan los Mayos.

Y, en efecto, celebraban los mozos de Vallehermoso, la última noche de Abril en la forma acostumbrada. El Cojo, acompañado por la Ronda rica, cantaba los Mayos á Cirila en aquel momento. La Ronda pobre recorría el pueblo, haciendo lo mismo por otro lado.

Convencido el tío Tejeringo de que su miedo era infundado y sus recelos ilusorios, se metió de nuevo en la cama y pasó tranquilamente en ella el resto de la noche.

Al amanecer se levantó sigilosamente, llamó al señor Cura y á la tía Venancia sin hacer ruido, fueron á la iglesia, evitando cuidadosamente todo encuentro; confesáronse, y volvió á salir el tío Tejeringo en busca del sacristán y de su hermano. Llamó en su puerta con todas las precauciones del mundo para evitar que se enterasen los vecinos, y á duras penas logró sacarlos de la cama, marchando los tres á la parroquia. El tío Tejeringo se frotaba las manos de gusto viendo que le salía todo á pedir de boca. Empezó el casamiento, y ni se oía el vuelo de una mosca, ni nadie sabía en el lugar que acontecimiento tan extraordinario se efectuaba.

La del alba sería cuando quiso el diablo, amigo de zambros y bullicios, que pasase por el *honsal* uno de los mozos al retirarse á su casa. Al ver la puerta de la iglesia abierta tan á deshora, entró en sospechas y en el templo, conociendo á la luz de las velas del altar lo que pasaba. Corrió inmediatamente en busca de los mozos de una y otra Ronda; llamó en todas las otras puertas, avisó á los alborotadores, y en un momento Vallehermoso todo se puso en movimiento y acudió al atrio ú *honsal* de la parroquia. En él esperaron, ojo avizor y silenciosos, el momento oportuno para arrojar sobre su presa.

Terminada la Misa invitó el tío Tejeringo al señor Cura y á los sacristanes á tomar chocolate en su casa, y tranquilos y satisfechos dirigiéronse á la puerta. Apenas pusieron el pie en el umbral, gritería y cencerreo espantoso, como llovidos del cielo ó arrojados por el abismo, rodearon á nuestros recién casados, que se quedaron de piedra. Impresiones diferentes produjo en el pequeño grupo la cerrada inesperada. El señor Cura, sonriéndose, se abrió paso entre la multitud y se retiró á su casa; los sacristanes se unieron á la turbamulta, fraternizando con los alborotadores. La Venancia se rebozó en su mantilla murmurando: —¡Pero qué gente más mala! —Y el tío Tejeringo, pasado el asombro del primer momento, insultó furioso á los de los cencerros, y quiso escapar abriéndose paso á la fuerza. Causó esto grande algazara; impidióronle su intento con facilidad suma, y nuestro escrupulo de hombre, viéndose perdido, volvió á la iglesia de un salto y se escondió repentinamente. Entraron algunos á buscarle, subió uno á la torre, y después de registrar mucho, halláronle tendido en el ataúd que la parroquia tiene para conducir al cementerio á los pobres de solemnidad. Se le sacó violentamente, y una risotada general produjo en la puerta la noticia. Convencido el tío Tejeringo de que no había más remedio que pasar por las horcas caudinas de la cerrada, se convirtió en un autómatas y dejó hacer.

Obligáronle á montar una burra en pelo; colocaron á la grupa á la tía Venancia, que, para no caer, enroscó su

brazo derecho á la cintura de su marido y asíó fuertemente con la mano izquierda el rabo de la burra; improvisaron un palio con una sarría vieja y media docena de escobas sucias y dos incensarios con otros tantos morteros de barro de tres asas y cuerdas de esparto, y se organizó la procesión en la siguiente forma: Rompía la marcha elregonero, tocando sin cesar el lúgubre rataplán de su destemplado tambor; venía después el dulero sonando á fuerza de pulmones y resoplidos su caracol enorme; luego en forma de pendón llevaba uno la mantilla de la tía Venancia; detrás una turba de chiquillos y mozalbetes, pastores la mayor parte, no permitían momento de reposo á sus esquilas y cencerros; los tíos Morrete y Patato quemaban pebreras en los morteros, que hacían de incensarios, y meciéndolos continuamente perfumaban las narices de los recién casados; seguían éstos gravemente montados en su asna, á paso lento, bajo el palio dicho y rodeados de los mozos del lugar, que obsequiaban sus oídos repicando con entusiasmo cuantos esquilonas de rebaño hubieron á las manos; y cerraba el cortejo, por último, turbamulta de viejos, chiquillos y mujeres, armados todos con instrumentos sonantes, que aturdían y desgarraban los oídos.

—¡Viva la flor y nata de la juventud y de la hermosura! ¡Viva la tía Venancia!—gritaba á lo mejor uno.

—¡Vivan los buenos mozos! ¡Viva su majestad el rey Tejeringo primero!—decía otro.

—¡Vivaaa!—repetía el pueblo.

En esta forma y moviendo un ruido espantoso, se recorrió el lugar. Cuando pasaba la comitiva por debajo de sus ventanas, no pudo contenerse la tía Moñohueco, y se asomó tocando el almirez.

—¡Viva la tía Moñohueco!—gritó la turba al verla.

María acudió volando, é hizo retirar á su madre de la ventana.

El tío Tejeringo lanzó una despreiativa mirada á su consuegra y escupió, con gran risa del tío Morrete.

Dió la vuelta la procesión é hizo alto en la puerta del tío Tejeringo. Desmontaron los esposos, se les obligó á que se cogieran del brazo, incensáronles por última vez, y entre abrazos, vivas y descomunal cencerreo se les permitió entrar en su casa.

La autoridad brilló por su ausencia.

Dispersáronse todos voluntariamente, y concluyó la cerrada.

MORALEJA

Nunca deben los padres tolerar, ni menos fomentar en sus hijos, sentimientos á cuya satisfacción legítima puedan oponerse con el tiempo. Es una aberración querer enderezar el árbol después de haberle torcido voluntariamente.

La ira, el despecho y el desmedido amor propio, son malos consejeros.

La sumisión que los hijos deben á sus padres, ha de ser completa y cariñosa; pero sin que obligue nunca á la infracción del deber moral. Primero es obedecer á Dios que á los hombres.

La Providencia divina, por ignorados caminos, premia siempre, hasta en este mundo, al hijo sumiso y obediente.

Las riquezas sin virtud, ciencia y educación, no es título bastante para aspirar á nada.

